

TERROR EN EL IV PLANETA

CLARK CARRADOS

Inmediatamente, como apartadas por una mano gigantesca, las nubes de arena retrocedieron. Primeramente se apartaron en un centenar de metros como si hubieran sido barridas por un huracán en sentido opuesto al que soplaba. Luego, pareciendo calmado éste, la masa de arena cayó a plomo al suelo, aquietándose instantáneamente. Y poco a poco, los disipadores electrónicos de tormentas de arena, fueron reduciendo la que había comenzado a soplar contra la Primera Colonia Terrestre en Marte, calmándola en un radio de varios centenares de kilómetros, dejando que el faro continuase iluminando la superficie de aquel trozo de tierra marciana, de la cual el hombre pretendía hacer una prolongación de su propio Planeta, que se le estaba quedando pequeño.

Calmada la tempestad de arena, el observador volvió a absorberse en su trabajo, comprobando indicadores, mirando esferas, moviendo palancas, oprimiendo botones y revisando de vez en cuando los trazos grabados automáticamente en el cilindro de papel de los aparatos de registro. Pero súbitamente se sobresaltó evidentemente, mirando aterrorizado a su alrededor…



Clark Carrados

Terror en el IV Planeta

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 4

ePub r1.0

xico_weno 10.09.15

Título original: *Terror en el IV Planeta*
Clark Carrados, 1955

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



Capítulo primero

La torre era altísima: más de ciento veinticinco metros. Sobresalía por encima del numeroso grupo de construcciones que se hallaban en uno de los extremos de la Gran Syrte, en el punto en que se cruzaban el meridiano
10° N
… y paralelo
310° E
. La torre era cilíndrica, de unos ocho o diez metros de diámetro, semejando un larguísimo tubo apuntado al cielo, pero rematado en una protuberancia ensanchada, de la que salían, alternativamente, destellos rojos, amarillos y verdes, de no mucha potencia, pero sí lo suficiente para que a simple vista se divisaran a unos cincuenta kilómetros de distancia.

En lo alto de la torre, realizando una serie de operaciones con los numerosos aparatos de medición y control allí instalados en un amplísimo tablero que mediría más de veinte metros de longitud, estaba un hombre. Un hombre que de vez en cuando se detenía en su labor y parecía aguzar el oído, secándose con frecuencia el frío sudor que le corría por la frente con la manga de su traje, olvidándose de que era un traje de tejido especial que no absorbía la humedad. Luego, convencido de que estaba solo allá arriba, tras echar una furtiva mirada a la puerta del ascensor, cerrada herméticamente, tranquilizado, volvía a su trabajo.

Esto duraba unos minutos, hasta que, inconscientemente, el temeroso ser que se hallaba arriba, volvía a repetir la misma operación, sin conseguir averiguar nada, ni oír otra cosa que no fuera el suave zumbido de la maquinaria que proveía de energía eléctrica a la torre.

La habitación era circular, espaciosa, de cúpula semiesférica, y en la parte superior se hallaba instalado el faro, saliendo al exterior,

girando monótonamente, destellando sucesivamente: rojo, amarillo, verde…

Un suave siseo hizo levantar al hombre la cabeza y durante unos momentos pudo ver nubes de arena arremolinándose contra toda la mampara transparente de la cúpula, llegando a ocultar la visión del panorama exterior, alumbrado por el faro giratorio. Se levantó del taburete en que estaba sentado y fue unos pasos más allá, moviendo una serie de pequeñas palancas, contemplando satisfecho la media docena de lamparitas blancas que se encendieron a continuación, indicando que los aparatos manejados habían funcionado a la perfección.

En el exterior, alcanzando longitudes de veinte metros, aparecieron media docena de pares de largas varillas, imperceptiblemente balanceadas por el violentísimo huracán que levantaba las nubes de finísima arena, rebasando ampliamente la altura de la torre-faro, envolviéndola totalmente en sus torbellinos.

Las varillas llevaban una esfera en sus extremos, de medio metro de tamaño, que soltaron unos cuantos chispazos anaranjados, que se fueron reduciendo poco a poco hasta no ser más que unos pequeñísimos puntos luminosos que bailaban constantemente sobre la superficie de los metálicos globos, a los que hacían brillar con extrañas fosforescencias.

Inmediatamente, como apartadas por una mano gigantesca, las nubes de arena retrocedieron. Primeramente se apartaron en un centenar de metros como si hubieran sido barridas por un huracán en sentido opuesto al que soplaba. Luego, pareciendo calmado éste, la masa de arena cayó a plomo al suelo, aquietándose instantáneamente. Y poco a poco, los disipadores electrónicos de tormentas de arena, fueron reduciendo la que había comenzado a soplar contra la Primera Colonia Terrestre en Marte, calmándola en un radio de varios centenares de kilómetros, dejando que el faro continuase iluminando la superficie de aquel trozo de tierra marciana, de la cual el hombre pretendía hacer una prolongación de su propio Planeta, que se le estaba quedando pequeño.

Calmada la tempestad de arena, el observador volvió a absorberse en su trabajo, comprobando indicadores, mirando esferas, moviendo palancas, oprimiendo botones y revisando de vez en cuando los trazos grabados automáticamente en el cilindro de

papel de los aparatos de registro. Pero súbitamente se sobresaltó evidentemente, mirando aterrorizado a su alrededor.

Un zumbido había sonado intempestivamente y el hombre, invadido por el pánico, se rió de sí mismo y de sus temores al comprobar que había sido el intercomunicador llamando lo que había producido el ruido que lo había asustado tanto. Yendo hacia allí, movió el botón de contacto y en la circular pantalla, de unos treinta centímetros de diámetro, apareció un rostro sonriente, que habló:

—¿Cómo va eso, Globbs?

—Perfectamente, Tillings. Todo está en orden —replicó el llamado Globbs, en cuyo rostro se observó una visible reacción de alivio.

—Muy bien. Ahora mismo subo.

Se esfumó la imagen de Tillings en la pantalla televisora al cerrar el contacto su interlocutor, y éste echó una última mirada a los aparatos, antes de abandonar el servicio. Luego, encendiendo un cigarrillo con todavía temblorosas manos, aguardó con la vista fija en la puerta del ascensor.

El zumbido de éste, subiendo, flotó un segundo en un suave «*in crescendo*» sobre el de la dínamo atómica que procuraba energía eléctrica a toda la base. Luego, aquel sonido se disipó bruscamente y la puerta se abrió, dando paso a un hombre de rostro jovial que avanzó a grandes zancadas, en tanto el ascensor se cerraba automáticamente, al no tener ningún ocupante en su interior.

—¡Hola, Globbs! —Saludó el recién llegado—: ¿Todo bien?

—Sí. No tienes más que estar al tanto sobre los controles. Los disipadores de tormentas arenosas están fuera. Puedes tenerlos un momento más en funcionamiento y luego dejarlos tal como quedan, pero desconectados. El interruptor automático funcionará al primer grano de arena que reciba y volverán a trabajar al instante.

—Está bien —repuso Tillings—. ¿Nada más?

—No —y el otro pareció meditar, concluyendo definitivamente —: No, eso es todo. Hasta luego.

Globbs se fue hacia la puerta del ascensor, que abrió pulsando el mando correspondiente. Suspiró aliviado al meterse en la caja y sonrió, agitando la mano derecha a Tillings, que le correspondió idénticamente, volviéndose éste sobre el larguísimo tablero de

control.

Pero apenas había ocurrido esto, cuando, súbitamente, con un crujido siniestro, cedió el ascensor. Y un alarido sobrehumano, hendió el aire.

Tillings se volvió rapidísimamente y vio el negro hueco del ascensor, en tanto llegaba a sus oídos el ruido de éste al desplomarse, hasta ciento veinticinco metros más abajo, con la velocidad de una piedra en el vacío. Y luego sus ojos se fijaron en un par de manos que se asían desesperadamente al borde liso del metal del suelo.

¡Un par de manos, las de Globbs, que, a modo de unas humanas ventosas, pero sin la potencia de éstas, trataban de asirse al resbaladizo pavimento, sin ningún éxito, ya que, milímetro a milímetro, iban perdiendo ventaja! ¡Ya la muerte más espantosa acechaba allá abajo, a más de cien metros de profundidad!

Una voz salió del tubo del ascensor clamando angustiosa, frenéticamente:

—¡Tillings, Tillings! ¡Por el amor de Dios…!

Reaccionó éste, como si los gritos de su compañero le hubieran sacado de la estupefacción en que había caído y corrió hacia la puerta, arrodillándose y tomando las muñecas de Globbs.

—¡Ánimo! ¡Ya está salvado, Globbs! ¡Así…! —Exclamó Tillings, esforzándose por sacar al desdichado de aquel atolladero—: ¡Un poco más! ¡Eso es, muy bien! ¡Ahora la rodilla derecha…! Póngala sobre el suelo… ¡Bueno, ya está…! —Fijó finalmente Tillings, dejándose caer exhausto más por la emoción que por el esfuerzo en sí, al lado de su compañero que jadeaba penosamente, brillando su rostro, lívido por el terror que había sentido durante aquellos minutos mortales, con el sudor que le había corrido abundantemente por la frente y las mejillas.

Después, el primero se sentó en el suelo, sonriendo a Globbs que ya comenzaba a respirar normalmente y que imitó a Tillings. Éste preguntó:

—¿Qué le ha pasado? ¡Santo Dios! Ha sido usted oportunísimo. Si no se agarra con las manos, a estas horas ya no lo cuenta.

El otro inspiró profundamente antes de hablar:

—Algo falló. Estoy seguro de que el aire comprimido fue vaciado súbitamente y el ascensor cayó a plomo.

—¿Qué dice usted, Globbs? ¿Qué…? ¿Quiere decir que esto ha sido premeditado? —exclamó Tillings, con los ojos desorbitados por la incredulidad.

—Sí —le respondió el interpelado y deletreó la palabra—: Premeditado. ¿Lo oye usted, Tillings?

—Desde luego, doctor. Pero —movió la cabeza el otro, *dubitando* todavía—: no lo puedo creer. Sería… ¡Oh! ¡Imposible! ¡Un asesinato!

—Usted lo ha dicho —contestó amargamente Globbs—: El primer asesinato en la Primera Colonia Sideral Terrestre. ¡El mío!

—No lo puedo creer —murmuró el otro pensativamente—: Dejar el aire comprimido del ascensor que se escapara súbitamente, en lugar de hacerlo a la velocidad conveniente… ¡Criminal! ¡Realmente criminal! ¿Cómo se las va a arreglar usted para bajar ahora, doctor? —preguntó repentinamente Tillings.

—Comunicaremos a la Base lo sucedido. Enviarán un reactohelicóptero que se colocará al par de la cúpula y así resolveremos el problema en tanto se repara lo de la conducción del aire comprimido —dijo Globbs, levantándose y yendo hacia el intercomunicador, seguido por Tillings, que volvía a hablar.

—¿Por qué cree usted que se trata de un asesinato, doctor? —preguntó.

Contestó éste, sin volver la espalda:

—Tengo mis razones para ello, Tillings. Sé quién desea mi muerte y los motivos por los que no le interesa que yo siga viviendo. Pero trataré de buscarle y…

—¿No sería mejor que comunicara usted sus sospechas al general Vauxhall, jefe de la Base?

—No —replicó decididamente Globbs—; no, hasta que no tenga la certeza de mis sospechas. Entonces, yo mismo presentaré al culpable, acusándolo de intento de asesinato, de tal forma que no pueda evadir el castigo y lo enviaremos a la Tierra en la primera espacionave de suministros que venga, en su viaje de regreso. Allí será juzgado debidamente, por Tribunales en forma.

—Olvida usted que el general Vauxhall tiene plenos poderes para eso. Incluso si llegase el caso, hacer ejecutar una sentencia de muerte.

—No —replicó ceñudo Globbs, moviendo el conmutador del

intercomunicador—: Vauxhall es demasiado buen amigo mío, para que yo le meta en un compromiso de esta índole.

—Pero... —quiso objetar Tillings, mas ya el doctor estaba hablando frente a la pantalla del televisor y explicando, como un imprevisto accidente, lo que había sido una tentativa de homicidio.

* * *

La superficie de Marte era lisa. No absolutamente en el estricto sentido de la palabra, sino con leves accidentes de su corteza sólida. Colinas de suaves ondulaciones, en general, que apenas sobrepasaban los trescientos metros, sin cortes abruptos en la inmensa mayoría de ellas, redondeadas por la incesante erosión eólica, que arrastraba nubes arenosas contra ellas.

Una figura se movía en aquel pelado paisaje, en el que apenas se veían unas plantas raquíticas, cuyas ramas se extendían en todas direcciones, como si quisieran aspirar el oxígeno de la atmósfera, escasísimo en comparación con el de la tierra. La figura no era otro que el doctor Globbs, el que llevaba un traje de presión, estanco, provisto de la correspondiente esfera de plástico transparente, que le servía para tener una perfecta visibilidad en todos sentidos y de cuya parte posterior, algo ladeada, sobresalía la antena del transmisor individual.

El doctor caminaba inclinándose de tanto en tanto. Golpeaba en el suelo con un martillito, arrancando pequeños fragmentos de roca y echándolos en una bolsa que llevaba pendiente del hombro izquierdo.

El doctor Globbs estaba al pie de un pequeño acantilado de unos treinta metros de altura, completamente vertical y bastante alisado por el continuo roce de las minúsculas partículas arenosas, bien que no se hubiera redondeado como en la parte contraria, opuesta a los vientos dominantes. Y súbitamente, un extraño ruido le hizo alzar la cabeza.

En la atmósfera terrestre, aquel ruido hubiera sido muchísimo más intenso. Pero en el escaso aire de Marte, los sonidos se propagaban difícilmente y resultaban más tenues. No obstante, fue lo suficientemente intenso para que el doctor, que por un momento se había visto atraído y sumergido en la búsqueda de minerales, se diera cuenta y echase a correr.

Saltó a un lado oportunamente, porque un pesado pedrusco, impresionante por su tamaño, rebotó sobre las paredes del farallón, cayendo en el preciso lugar que Globbs acababa de dejar. Aquella enorme masa de roca lo hubiera aplastado instantáneamente, y aunque en relación con su gran volumen, no pesara mucho, solamente unos doscientos kilos, en comparación con los casi tres cuartos de tonelada que pesaría en la Tierra, hubiera sido lo suficiente para acabar con la vida del amenazado Globbs, cuyo salto lo llevó seis o siete metros más allá, a consecuencia de la escasez de la fuerza gravitatoria.

La roca cayó con atronador estruendo, ocultándose unos momentos tras una espesa nube de polvo, en tanto que Globbs, atemorizado, echaba frecuentes miradas a lo alto y luego saltaba de nuevo al percibir el impacto de una bala que echó un chorrito de arena a sus pies.

El estampido de la detonación del rifle llegó hasta sus oídos en forma atenuada, pero el infortunado Globbs no se entretuvo a mirar más: echó a correr a grandes saltos que en ocasiones alcanzaban los diez metros de longitud, arrojándose al fondo del inmenso canal, seco, polvoriento, corriendo desesperadamente hacia el otro lado, tras el cual, y con la línea de colinas como meta, pretendía ganar un seguro refugio contra el misterioso tirador que, sin temor alguno a que sus disparos fueran escuchados, continuaba haciendo fuego contra el aterrado Globbs.

Rodó éste en una cárcava arenosa, abierta por la erosión eólica, y quedándose en una postura tal que pudiera vigilar a su enemigo, manipuló con frenéticas y temblorosas manos en su transmisor individual. Pero ante su asombro y consiguiente aumento del pánico que sentía, no vio encenderse la lamparita roja que indicaba que alguien estaba a la escucha.

Volvió a manejar el conmutador en tanto gritaba furiosamente, como si se empeñara en que sus voces llegaran a la base. Y cuando al fin vio que todos sus esfuerzos eran inútiles, miró por todos sitios hasta quedarse sin aliento al ver que, en la lejanía un hombre, avanzaba tranquilamente hacia él, como si estuviera seguro de que la presa que era el doctor Globbs, no se iba a escapar.

Tanteóse éste la escafandra transparente y comprendió la inutilidad de comunicar por radio con la Base: ¡La antena individual

se le había destrozado al caer en la zanja! Instintivamente hizo un gesto perfectamente inútil: quiso secarse el abundante sudor que le corría por la frente con el dorso de la manga, pero se dio cuenta de que algo se lo impedía. La estera transparente. Y perdiendo de nuevo el control de sus nervios se levantó aterrorizado y echó a correr.

No dio muchos pasos, sin embargo. Brilló una lucecita, sonó una detonación débil y el doctor Globbs cayó al suelo, con un muslo atravesado por una bala.

Quiso incorporarse, pero no pudo. Se dejó caer al suelo, arañándolo y gimiendo, en inútil empeño, moviéndose un poco en ocasiones, mientras que la arena rojiza del planeta se coloreaba aún más con la sangre del doctor que brotaba del muslo atravesado por la bala de un asesino.

Se incorporó éste y vio que su enemigo se le acercaba pausadamente, sin prisa alguna, saboreando de antemano su victoria. Globbs, desesperado, queriendo hacer algo por la vida que se le iba escapando, tomó el morral en que había echado las muestras mineralógicas y le arrojó alguno de los pedruscos, que el otro esquivó fácilmente, en tanto que, a través del transparente de la escafandra se le veía la risa sardónica con la que ya celebraba su mortífero triunfo.

Globbs se resignó con lo inevitable. Se dejó caer exhausto, con la cara brillante por el sudor, mirando con los ojos abiertos por el espanto a su enemigo, cuyo rostro iba aumentando de tamaño a medida que la distancia entre los dos iba disminuyendo. Y al fin, el criminal, el primer criminal en la Historia de la Colonización de Marte, llegó junto a su víctima.

Empuñó el fusil, pero no por la culata, como hubiera sido lo lógico, sino por el cañón. Lo alzó en el aire y sin que el espantadísimo profesor pudiera evitarlo, a pesar de sus frenéticos esfuerzos, la pesada culata se abatió sobre la esfera transparente.

No la rompió en mil pedazos. Sólo fue una grieta, Una pequeñísima grieta la que se abrió en el duro plástico que, no obstante, no había podido resistir el formidable golpazo y el aire del interior comenzó a escaparse rapidísimamente, a pesar de todo lo que hizo Globbs por continuar soltando oxígeno para sobrevivir, incapaz de moverse por sí mismo y huir de la segura y horrorosa

muerte que lo aguardaba.

El asesino esperó tranquilamente a que Globbs se estuviera quieto. Luego, sin el menor esfuerzo, se lo cargó a los hombros, no olvidándose ningún detalle, recogiendo al paso los trozos de mineral que el muerto le había arrojado y echándolos en la bolsa que se balanceaba rítmicamente, al compás de los pasos del criminal.

No tardó mucho en llegar al pie del acantilado donde efectuara la anterior intentona contra el profesor, intentona que había fallado. Arrojó el cadáver al lado de la roca caída de las alturas, sin preocuparse mucho de la postura y luego dejó un gran fragmento de roca al lado del muerto, en la parte de la cabeza. Así pensarían, cuando descubrieran el cadáver, que había sido un accidente y la víctima el reputado doctor en Ciencias, Jerome S. Globbs, el hombre del cual se decía que «olía» los minerales, por decirlo así, aunque éstos se hallaran a diez mil metros bajo la superficie.

Después, el asesino sonrió, satisfecho de su obra. Había conseguido lo que quería y comenzó la marcha de regreso a la Base. En la lejanía, hacia el Sur, comenzó a levantarse una nube rojiza amarillenta: arena.

«Mejor que mejor —pensó—. Cuando hallaran al profesor, después de descubrir que había desaparecido y organizar la consiguiente exploración de búsqueda, no hallarían ninguna huella de pasos en la capa de arena. Todo esto, en el supuesto de que la misma no cubriera para siempre el cadáver, encerrando así en un misterio impenetrable, como en un enigma indescifrable, la desaparición de uno de los científicos terrícolas más famosos de todos los tiempos».

El asesino sonrió nuevamente ante su obra. Luego, volviendo la espalda al inanimado cadáver, echó a andar. El primer remolino de arena lo envolvió y puso en marcha el disipador individual de tempestades que le aclararía el camino en un radio de unos veinte metros, como si estuviera situado debajo de una campana de cristal que se trasladara al mismo ritmo1 de su andar. Comprobó su rumbo por la brújula de pulsera, se desvió un poco de su dirección y poco a poco se fue esfumando entre las ráfagas polvorientas, hasta perderse totalmente de vista.

Detrás de él quedaba un cadáver: el del primer asesinado en un

planeta cuya colonización apenas acababa de empezar. Y la colonización ya tenía sus primeras manchas de sangre.

CAPÍTULO II

Cualquiera que hubiera visto por primera vez a Alvin T. Keats, hubiera pensado en él como el prototipo del universitario estudioso, que se pasa la vida huroneando entre libros, desdeñando a la masa de sus compañeros de Colegio, dedicada más a los deportes que a las Ciencias en general. Alto, de pelo constantemente en lucha con el peine, lucha perdida casi siempre por éste, sin preocuparse mucho por la rectitud de su columna vertebral, como tampoco por la pulcritud ni corrección de sus ropas, cualquier profesional del músculo se hubiera sentido terriblemente insultado si le hubieran propuesto un minuto de entrenamiento con Alvin.

Pero si este profesional del músculo, pensando a lo mejor lucirse delante de un grupo de amigotes, hubiera querido meterse con él, se hubiera llevado el mayor chasco de su vida. Porque todo en Alvin T. Keats engañaba: desde su mirada, continua, irónicamente perezosa, hasta su actitud de dejadez, encubrían un cerebro frío, hábilmente pensador, capaz de calcular rapidísimamente todas las probabilidades de una situación apurada y con muchísima más lucidez que su antagonista, y al mismo tiempo darle al otro una soberana paliza que lo dejaba viendo visiones, tratando de averiguar inútilmente dónde estaban aquellos haces de carne musculada que movían tan felina y hercúleamente aquel cuerpo que daba la sensación de que iba a partirse a trozos cuanto menos se esperara.

Keats salió de su ascensor y se encaminó a su pequeño apartamento. Éste se hallaba en el piso 117 del rascacielos B. L. 44, situado en la Calle 15, que antaño fuera la célebre 41 de Nueva York y que, ahora, tras el bombardeo de la Tercera Guerra Mundial, o I Atómica, que de ambas formas era llamada, después de ser reducida la supergigante ciudad a escombros, había renacido, como el Ave Fénix, de aquellas ingentes montañas de cascotes, en muy

escasos años, construyéndose otra ciudad muchísimo mayor, de calles tres veces más amplias, con varias calzadas para toda clase de circulación.

En la vía inferior circulaban los ferrocarriles monorraíl, movidos por propulsión atómica y que podían alcanzar velocidades del orden de los cuatrocientos kilómetros por hora, si eran de larga distancia, además de caminar por ella el transporte pesado. La segunda vía, encima de la anterior, estaba destinada a los automóviles, que rebasaban con frecuencia los trescientos kilómetros a la hora, y la tercera, ya sin otra encima, estaba destinada a los peatones, así como a los numerosos espacios verdes que en ella abundaban y que servían de recreo y esparcimiento en aquel Nueva York de principios del siglo XXI, muchísimo mayor que su destruido antecesor.

Alvin salió del ascensor y después de caminar un par de docenas de pasos por el brillante corredor, se paró delante de una puerta que abrió por el sencillo procedimiento de enfocar una pequeña lamparita eléctrica sobre un circulito de vidrio en el que había una célula fotoeléctrica. La lamparita que llevaba Keats, del tamaño de un lápiz, emitía ondas luminosas de determinada frecuencia, a la cual estaba ajustada la célula que cerraba o abría la puerta del apartamento. Ninguna otra clase de lámpara hubiera sido capaz de abrirla. Se necesitarían unos cuantos kilos de la anticuada dinamita para demoler aquella mampara de dimagnesio, el metal más duro que se conocía y al mismo tiempo el más liviano.

En tanto que cruzaba su apartamento, Alvin se iba despojando de sus prendas de ropa que arrojaba por cualquier sitio, hasta llegar al cuarto de aseo en el que se dio una ducha de temperatura graduada instantáneamente por otra célula fotoeléctrica excitada por el calor del cuerpo de Alvin y de acuerdo con las necesidades del momento de éste. Después, envuelta la cintura en una toalla, tras secarse al chorro de aire caliente, se fue a la cocina, donde en unos instantes y tras apretar una serie de botones, salieron unos platos a los que Alvin se aplicó concienzudamente.

Terminó su comida y arrojó los platos, así como los cubiertos y la servilleta utilizados, por el tubo que los llevaría al quemador de desperdicios del edificio, donde serían consumidos por el fuego. Esto ahorraba en la construcción de los pisos, de algo ya

innecesario: el fregadero. Luego, en tanto fumaba un cigarrillo se encaminó a su cuarto de trabajo mirando distraídamente el cajoncito en que el intercomunicador había depositados, escritos, los mensajes recibidos durante su ausencia.

Nada de particular: un par de facturas, una invitación de Molla Lawrence para ir a ver la última película de temas espaciales, realizada por famosos artistas en la mismísima Luna… ¿Qué era aquello? Keats leyó detenidamente el último mensaje y se preguntó intrigado el objeto del mismo.

Su jefe quería que fuera a verle en cuanto hubiera descansado. Bueno, ahora Keats lo que necesitaba era eso precisamente: un buen sueño que ya le estaba haciendo buena falta.

Se acostó sobre la colchoneta de millones de burbujas que se acomodaba anatómicamente a su cuerpo. Oprimió un botón y un aparato registró automáticamente las pulsaciones de su corazón, iniciando entonces la colchoneta de plástico un masaje acomodado al ritmo de éstas, pero con infinita suavidad. Tan suave era el masaje que Alvin no se dio cuenta de que se había quedado dormido. Luego el cerebro electrónico que movía el mecanismo de masaje cortó éste al disminuir las pulsaciones de Alvin en su tranquilo y reparador sueño.

Del que salió al cabo de unas cuantas horas, cuando ya el sol había iniciado su curva descendente. Pero no se despertó por su voluntad, sino por el zumbido del llamador de la puerta. Alguien estaba aguardándole y echando in mente un rosario de pestes y maldiciones contra el importuno, se levantó, poniéndose los pantalones antes, dirigiéndose hacia la puerta.

Ésta se abrió violentamente, cogiendo por completo desprevenido a Keats, que rodó por el suelo a consecuencia del puñetazo que recibiera en un lado de la mandíbula y que no había logrado esquivar del todo. El asaltante se aprovechó del momentáneo aturdimiento de Alvin y se arrojó sobre él, echándole ambas manos al cuello, poniéndole una rodilla sobre el pecho y comenzando a apretar firmemente.

Los ojos de Alvin giraron en sus órbitas desmesuradamente al sentir la terrible presión en su garganta, que hacía que la entrada de aire en sus pulmones se viera reducida a cero. Igualmente la rodilla de su enemigo, al que por más que registró todos los rincones de su

memoria, no logró reconocer, le oprimía dolorosamente el pecho, con agudos dolores.

Viendo que sus esfuerzos eran infructuosos lanzó sus pulgares hacia adelante, a los ojos de su incógnito rival. Éste echó hacia atrás, instintivamente, el rostro y aflojó un tanto la presión de sus manos y rodilla, lo que hizo que Alvin reaccionara y lograra conectar su derecha, bien que de manera precaria con la mandíbula de su contrincante, el que lanzando un gruñido de dolor, rodó por el suelo.

Alvin se puso en pie de un salto, respirando a pleno pulmón, en tanto que el otro hacía lo mismo, mirándolo amenazadoramente, y el propietario del departamento contempló a su asaltante, que sacó un arma.

El aspecto de éste era completamente nórdico, escandinavo puro: alto, membrudo, cuadrado de hombros y de mandíbula, rubio pajizo y ojos casi blancos a fuer de tan azules. Pero si la traza del invasor era nórdica, el arma que había sacado y que empuñaba decididamente, era meridional típica, concretamente española: una navaja de plateado acero albaceteño, de veinte centímetros de longitud, que crujió ominosamente al ser abierta por todos sus muelles, en tanto que su dueño se lanzaba hacia Alvin.

El cual se había apoyado unos instantes, jadeando, llenando sus pulmones de aire, en una mesita que alzó inmediatamente, abatiéndola sobre la mano de su enemigo que intentó retirarla, no sin que el pequeño muelle la rozara e hiciera desprenderse el arma, que chocó con el pulido suelo en metálico tañido.

Éste se lanzó inmediatamente a recuperar su navaja, pero en el momento en que ponía la mano sobre ella, un pie aplastó su muñeca contra el suelo, inmovilizándosela. Después, los dos antagonistas se miraron uno al otro, durante un segundo: Alvin desde arriba, sonriendo ferozmente y el otro desde su posición humillada, llameando odio por sus pupilas.

Pero Alvin no estaba para perder el tiempo. Así es que, el pie libre se alzó bruscamente en dirección a la mandíbula del escandinavo, que a pesar de su aspecto torpón y pesado, demostró tener agilidad de reflejos, tanto psíquicos como musculares, porque echó su rostro hacia atrás atenuando de esta manera la violencia del golpe.

No lo consiguió del todo y gruñendo de dolor resbaló unos metros por el liso suelo, abandonando el arma a los pies de Keats, empujado por el zambombazo que le soltara éste. Y al momento, incorporándose con la agilidad de un gato montés, se lanzó, moviendo sus cerrados puños hacia Alvin.

Pareció como si éste iniciara los primeros pasos de un agitado baile, pero al mismo tiempo que se echaba a un lado, alargó el pie derecho y su enemigo cayó, dando traspiés al suelo, del que, de nuevo, y en agilísimo salto, contorsionando todo el cuerpo, se levantó fulminantemente.

Les puños de Alvin salieron disparados hacia el rostro de su contrincante, alcanzándolo en un ojo y en la oreja derecha a causa de los movimientos de esquiva que hizo el otro. Pero al mismo tiempo, también éste usaba sus naturales armas, y sobre el pecho de Alvin cayeron dos demoledores impactos que lo derribaron con las piernas en alto por el suelo.

El asaltante no se fijó en este detalle, y de nuevo se arrojó sobre el caído que lo repelió, encogiendo primero las extremidades inferiores y estirándolas a continuación, alcanzando el vientre del otro, que cayó, encogido sobre sí mismo, con visibles muestras de dolor en las contraídas facciones.

Alvin creyó que su oponente había abandonado la lucha, y esto le hizo incurrir en un tremendo error, porque cuando se levantó rápidamente y fue hacia el rubio para interrogarle, las piernas de éste se entrelazaron en la derecha de Keats, derribándole al suelo, alcanzándole luego con un puntapié de refilón en la mandíbula que lo hizo medio desvanecerse, en tanto el otro, creyendo ya fracasado su ataque, se incorporaba y echaba a correr con precipitación hacia la salida.

Alvin se levantó una vez más y tambaleándose salió detrás de su agresor que ya estaba en el corredor, encaminándose velozmente hacia el ascensor. Abrió precipitadamente la puerta y se metió apresuradamente dentro, desapareciendo instantáneamente de la vista de Keats.

Pero casi en el mismo momento llegó hasta los oídos de éste un aullido de terror, un grito infrahumano, un alarido lanzado por quien se ve enfrentado con la muerte y no tiene la menor probabilidad de escapar a su trágico destino. ¡El ascensor no estaba

en su sitio y el hombre de tipo nórdico caía hacia el fondo como una piedra!

El grito fue disminuyendo en intensidad a medida que el inesperado atacante de Alvin iba cayendo con velocidad fulmínea. Luego, al cabo de unos instantes llegó, muy atenuado por la distancia, hasta los oídos de Alvin, un ruido escalofriante, espeluznante. ¡El ruido de un cuerpo humano estrellándose contra el suelo!

Keats cerró la puerta del ascensor, apoyándose un momento en ella preguntándose quién demonios podía haber sido aquel tipo que lo había asaltado, con evidentes propósitos de acabar con su vida y al parecer en absoluto silencio, ya que no había usado ningún arma de fuego. Por lo visto sus intenciones eran las de matarlo sin que se enterara ninguno de los vecinos de piso, ya que durante la tenaz lucha sostenida, el intruso no había emitido el menor sonido, limitándose a lanzar ahogados gruñidos cuando era golpeado. Sin duda tenía instrucciones de matar tan silenciosamente como pudiera a Alvin, puesto que no había hecho ningún ruido.

¿Qué misterio se encerraba en aquella agresión que había tenido tan trágico fin? Ésta fue la pregunta que se hizo Alvin, en tanto se dirigía a su habitación y conectaba el televisor, llamando a su jefe. Suspiró y se dijo a sí mismo que el tiempo resolvería aquel enigma. Y en aquel momento, el amplio rostro de su superior apareció en la circular pantalla del intercomunicador.

* * *

La bala rebotó muy cerca de donde se hallaba Tillings, haciéndole levantar la cabeza evidentemente sorprendido ante aquel inesperado sonido. En la mano tenía el martillito con el que iba arrancando muestras de minerales y cuando éste le voló, arrancado por un segundo proyectil, no le quedó la menor duda de que trataban de asesinarle, de la misma forma que al doctor Globbs.

Tillings echó a correr, levantando con sus pisadas nubes de polvo arenoso, agitado asimismo por las balas que lo enmarcaban en su apresurada huida, en tanto que el misterioso tirador, escondido en algún lugar de aquel terreno demasiado accidentado para la suave orografía de Marte, continuaba haciendo fuego sin grandes prisas, apuntando cuidadosamente a cada disparo de modo

que los proyectiles zumbaban muy cerca del ya aterrorizado Tillings.

Éste alcanzó una cárcava y se zambulló en ella, en el preciso momento en que una bala le rozaba el hombro, causándole una agudísima sensación de quemadura, y perforándole el traje de presión, con lo que el aire contenido en aquella sección se escapó instantáneamente, penetrando por los dos orificios producidos por el plomo el frío de aquellas regiones, haciendo que Tillings sintiera una opresión inmediatamente en el pecho: el mordisco del hielo. Jadeó, mirando aterrorizado en todos sentidos un lugar para escapar, pensando en que estaba a merced del asesino del doctor Globbs, el cual querría sin duda eliminar al único que podía tener alguna noticia del asunto.

Tillings lamentó con toda su alma haber escuchado las palabras de su infortunado colega. Lamentó el haber seguido las sugerencias de éste para acompañarlo en la expedición científica de colonización del IV Planeta. Lamentó…

Otra bala se estrelló muy cerca de él y fragmentos de roca, en surtidor, se elevaron y chocaron violentamente contra su esfera transparente, la cual resistió bien los impactos. Pero Tillings comprendió que era una situación insostenible la suya, puesto que de continuar allí acabaría muriendo a manos del desconocido asesino de la misma forma que muriera el infortunado Globbs, y de nuevo volvió a lamentarse de sus imprudentes palabras, que habían revelado los temores del asesinado, con lo que el criminal se había enterado de todo.

Tillings se llamó a sí mismo idiota por no haber hablado únicamente con el general Vauxhall, jefe de la primera Base Terrestre en Marte, en lugar de haber soltado tan estúpidamente el chorro de su verborrea en la mesa, diciendo que no creía que la muerte de Globbs había sido un accidente provocado por el desprendimiento de una roca, sino que estaba convencido, por la última conversación sostenida con el muerto, de que éste hacía tiempo que temía su trágico fin, uno de cuyos anticipos había sido el fallo del sistema de aire comprimido que elevaba el ascensor hasta las alturas de la torre faro. Si se hubiera callado…

De nuevo, el maullido de otro trozo de plomo blindado cortó sus elucubraciones, y comenzó a deslizarse por el fondo de aquella

cárcava abierta tanto por las abundantes arenas, como por las escasas lluvias, hacia el canal que se divisaba a un centenar de metros. Allí podría esquivar a su enemigo, invisible para él basta el momento.

Pero ¡qué tonto había sido! ¿Por qué no se le había ocurrido utilizar el transmisor individual? Un suspiro de alivio se escapó de los labios de Tillings y recostándose contra la pared rocosa, manipuló en los mandos de la radio, dándole contacto.

Sin embargo, antes de que diera media vuelta al botón de mando, notó un violento choque en la cabeza que se le inclinó, muy a pesar suyo hacia la derecha, en tanto que sentía cómo la pequeña antena le era arrancada por el proyectil. Y a sus oídos llegó la detonación, más ruidosa que de costumbre, lo que indicaba que el misterioso tirador estaba ya muy cerca.

Aterrorizado, con un pánico espantoso en su alma, desdeñando todas las precauciones, púsose en pie y echó a correr con todas sus fuerzas. Pero de repente le pareció tropezar con algo y que su pierna derecha había perdido toda su fuerza, por cuyo motivo cayó al suelo tan largo como era, gimiendo desesperadamente al comprender cuál iba a ser su fatídico destino, similar al de Globbs, al ser herido en una pierna, con lo cual sus probabilidades de salvar la amenazada vida habíanse reducido a cero.

Tillings notó unos pasos muy cercanos. Sollozando por dos sensaciones distintas: de dolor y de miedo, se volvió y lanzó una ahogada exclamación, en la que predominaba el asombro más absoluto al reconocer a la persona que se acercaba, sonriéndole mefistofélicamente.

Cuando ésta se halló a unos pasos de Tillings, no pudo evitar éste decir:

—¿Usted?… ¿Usted?… —repitió y vio cómo el otro levantaba su rifle, encañonándolo directamente.

Tillings cerró los ojos resignado ya a su inevitable suerte. Luego sintió, junto con la explosión, un choque en su escafandra y trozos de ésta saltaron junto a su rostro, llenándoselo de cortes, de los que empezó la sangre a fluir al momento. Y entonces y sólo entonces comprendió la diabólica astucia de su asesino: hacerle morir por asfixia, en el enrarecido aire de Marte.

Jadeó buscando inútilmente oxígeno. Sintió un frío de muerte

que le iba invadiendo poco a poco y su última sensación, antes de perder definitivamente el conocimiento, fue la de una horrible sonrisa en el rostro de su asesino, visiblemente complacido por la perfecta ejecución de sus planes.

Tillings ya no vio más. Luchó unos momentos, agitándose violentamente, contra la muerte que ya le invadía y poco a poco sus espasmos fueron cesando. Al fin se quedó quieto, espantosamente quieto.

CAPÍTULO III

El general Vauxhall se paseaba frenéticamente nervioso por su despacho, sentados en el cual había varias personas: el profesor Long, genio de la física; el coronel John S. Monroe, jefe de los servicios de comunicaciones y seguridad; el mayor Richard Camden, segundo del coronel; el doctor Silas B. Art, médico de la colonia y finalmente, el capitán Collins Burtwood, ayudante del general.

Éste hablaba a trompicones, queriendo decirlo todo de un golpe. En su rostro, ya colorado de ordinario, se veían las señales de un próximo estallido de rabia y de ira, y en algunos momentos, el doctor Art pensaba que el jefe de la Colonia podía sufrir un ataque de apoplejía, sobre todo cuando, en el curso de su conversación elevaba la voz y su cara adquiría una rubicundez explosiva.

—¡Es inaudito! ¡Increíble! —Decía casi a gritos, continuando en sus nerviosos paseos—: No habrá quién se lo crea. ¡Y sin embargo es verdad, verdad del principio al fin!

Se interrumpió el general para encender el constantemente apagado habano, mordido de tal forma en la extremidad opuesta que apenas conservaba la forma, en tanto que los circunstantes le miraban sin decir palabra. Luego, continuó reventando:

—¡Esto compromete el porvenir de la Colonia! Hemos batallado durante tantos años, y no sólo nosotros, sino nuestras anteriores generaciones, para la conquista del espacio, y ahora que hemos logrado poner la planta en Marte, ahora que éste es nuestro y hemos instalado la primera base para su colonización, dos crímenes, dos asesinatos, a cual más repugnante, ejecutados de la manera más odiosa e inhumana concebible, van a echar por tierra todos nuestros propósitos y todos nuestros esfuerzos, después de conseguir por fin lo que había parecido inalcanzable.

Hizo una pausa el general para tomar aliento, después de su ráfaga de palabras, sin que, como antes, ninguno de los demás,

contemplándole interesadamente, le replicara lo más mínimo, y prosiguió truculentamente:

—¿Saben lo que significa esto, señores? ¿Saben qué puede ocurrir en lo sucesivo? —Volvió a callar para aumentar el interés de sus palabras y exclamó rotundamente—: ¡El fin de nuestra Colonia! ¡El fin del sueño del hombre! La conquista de Marte, su colonización, su adaptación a las necesidades de la Humanidad terrestre, destruida por la obra de un loco, de un maniático o… ¿quién sabe si de alguien pagado por cierta potencia que todos sabemos y que no es necesario nombrar en estos momentos, y a la que no le interesa que la Federación de Estados Occidentales sea la dueña y señora de este planeta?

Carraspeó el profesor Long y el general se calló, mirándolo y diciéndole al fin:

—¿Profesor…? —exclamó inquisitivamente.

Se quitó éste las gafas y dijo, pensativamente:

—Se me ocurría una idea, general.

—Suéltela, profesor —contestó éste con muy poco academicismo.

—Somos muy pocos en este planeta. Todos estamos concentrados en esta serie de edificios y, por lo tanto, el criminal tiene que ser uno de nosotros. ¿Se ha interrogado ya detenidamente a todos y cada uno de los colonizadores? ¿Han explicado satisfactoriamente todos su empleo del tiempo en el momento en que murieron Globbs y Tillings?

Bufó el general al responder:

—El coronel Monroe podrá decírselo mejor que yo —y volvió a sus agitados paseos.

El aludido encendió un cigarrillo antes de contestar:

—Tanto el mayor Camden como yo estamos agotados. No tiene usted la menor idea de lo que es hacer la misma serie de preguntas, una por una, a trescientos habitantes, uno por uno también, como es lógico.

Flotó la sombra de una sonrisa en el rostro del profesor Long al decir:

—Me lo supongo, coronel. No se las iban a hacer ustedes a todos a la vez reunidos en una habitación.

—Conozco mi oficio, profesor —respondió Monroe ásperamente

—. No puedo decir lo mismo de ciertas personas que han venido aquí empleando como palanca para conseguir sus deseos ciertas influencias, en lugar de utilizar sus propios méritos.

El profesor Long se levantó airadísimo, hablando excusadamente:

—¡Coronel Monroe! ¡No toleraré que…!

El mayor Camden se levantó, interponiéndose, pues el coronel también se había puesto en pie y cerrado sus puños.

—¡Calma, señores, calma! —dijo antes de que el general tuviera tiempo de intervenir—. No se lo tomen tan por lo trágico. No olviden que estamos aquí reunidos para tratar de descubrir el misterioso asesino que ha causado ya dos víctimas: las dos primeras muertes violentas que ocurren en este planeta.

—Considero las palabras del coronel altamente ofensivas para mí. No por mi capacidad científica, que ésta puede ser puesta a prueba en cualquier instante, sino por el hecho de que me acuse de haber venido aquí empleando medios ilícitos —dijo el profesor, sin sentarse todavía.

Habló el general y su tono fue, como de costumbre, perentorio.

—Monroe, presente sus excusas al profesor. Sus palabras fueron altamente impolíticas —ordenó, pensando en que, luego, cuando los dos estuvieran a solas, felicitaría al coronel por haber dicho lo que él mismo no se había atrevido a decir, a pesar de su reconocida franqueza.

—Está bien —respondió el aludido de mala gana—. Confieso que cuanto dije fue un exabrupto, sin la menor razón de ser. ¿Está así satisfecho, profesor?

Mascullló éste algo ininteligible entre dientes y volvió a su silla, en tanto que el general volvía de nuevo a insistir sobre el tema de que estaban tratando.

—¿No tienen alguna idea que exponer? ¿Alguna sospecha? ¿Alguna sugestión?

—Ninguna —habló por vez primera el doctor Art—. A no ser que incluso cualquiera de los que estamos aquí puede ser el asesino.

—Tiene usted razón, doctor —dijo el coronel, mirándolo fijamente—. Usted, yo, mi ayudante, uno de nosotros o cualquiera de los trescientos restantes miembros de la colonia, no puede ser: ¡es el asesino!

—Si supiéramos los motivos de los crímenes… —dijo pensativamente el coronel Monroe.

El general se volvió hacia él.

—Habríamos dado un gran paso hacia la averiguación de su identidad, coronel.

—Sí, pero aquí no hay mujeres —dijo éste filosóficamente.

—¿Por qué dice usted esa incongruencia, coronel? —preguntó sarcásticamente el general Vauxhall.

—Podríamos buscar en este caso el «cherchez la femme». Buscad a la mujer. Pero aquí no hay ninguna —suspiró ensoñadoramente el coronel.

—Desgraciadamente —coincidió con él Camden, su segundo en las tareas de las comunicaciones y el orden de la colonia.

—Bueno, bueno —gruñó el general—. Déjense de esas evocaciones y procuren descubrir al culpable. Ésa es su obligación.

Monroe se levantó pausadamente, diciendo:

—Sí, general. Es nuestra obligación, pero hay que tener en cuenta que no somos profesionales de la deducción policíaca. Hacemos todo lo que podemos… que no es poco —concluyó.

—A mí me parece que no hace nada —exclamó irónicamente el doctor, y el coronel se volvió como si le hubiera picado una víbora.

—Yo creo que el único vago que hay aquí es usted, doctor —le respondió sin ambages—. Para curar unos cuantos dolores de cabeza y recetar aspirinas y unas dosis de bicarbonato para los que padecen del estómago por consumir sus malditas tabletas de vitaminas, no necesitábamos ningún matasanos en Marte.

Antes de que el doctor pudiera contestar, el mayor Camden se puso del lado de su jefe inmediato.

—Me gustaría que el mediquillo éste estuviera en nuestro pellejo. Creo que hablaría menos y trabajaría un poco más.

—¡Señores! —cortó el general secamente—. ¿Quieren dejar de lado sus rencillas?

—Por mí están dejadas, señor —habló Monroe, añadiendo despectivamente e incluyendo en la frase a Long y a Art—: Si estos caballeros se ocuparan más de sus asuntos, podríamos decir que el porvenir de la colonia, a pesar de los crímenes, está asegurado.

El profesor Long cogió la ocasión por los pelos.

—¿De modo que a usted, coronel Monroe, jefe de «nuestra

seguridad» —y subrayó estas dos palabras desdeñosamente—, con tal de que nuestra instalación sirva de modelo y base a las futuras expediciones, no le importa muerte más o menos, violenta o premeditada?

—No he querido decir tal cosa, profesor —cortó el eludido vivamente—. Simplemente he querido decir que el hallar al asesino de los desgraciados Globbs y Tillings es cosa nuestra.

La ironía del médico era evidente a juzgar por sus palabras.

—Ya lo vemos, coronel. No hace falta que usted nos lo jure.

El rostro de Monroe dio claras muestras de que su dueño se hallaba próximo al estallido. Apretó los puños y durante un segundo pareció que se iba a arrojar contra el médico. En previsión de esto, el capitán Burtwood, silencioso hasta entonces, se puso en pie de un salto, colocándose entre el médico y el coronel. Pero antes de que tuviera tiempo de decir nada, fue el general el que dijo la última palabra.

—¡Basta ya, señores! —exclamó autoritariamente—. Me van a obligar ustedes a recordarles que soy el jefe de la base, de esta colonia y que puedo obrar perfectamente sin su asenso. Les he llamado para informarles de todo lo que ocurre y al mismo tiempo ver si entre todos lográbamos descubrir al desconocido asesino que nos ha causado, sin razones algunas que lo justifiquen, dos muertes, en espantosas condiciones. Si continúan en sus respectivas actitudes, deberé pedir su relevo a la Tierra y devolverles en la primera expedición de aeronaves de transporte.

* * *

Que Alvin T. Keats no fuera el tipo ideal de hombre con que todas las mujeres sueñan no quería decir que, en cambio, a él no le gustaran todas las mujeres, pero sólo, claro está, las jóvenes y bonitas. Y aquella que se había cruzado con él poseía todos los encantos que debía poseer la fémina que aspirase a llamarse un día la señora de Keats. Esbelta, de suave cabello dorado como el oro viejo, grandes y soñadores ojos azules, sus andares recordaban los de las sílfides, al mismo tiempo que en su rostro, deliciosamente hermoso, aparecían dos rosas rojas coloreando magníficamente sus mejillas, al darse cuenta de la admiración de que era objeto por parte de aquel joven que, sin poderse contener, se había quedado

contemplándola, embobado, indiferente a la riada de tráfico humano que iba apresuradamente por la Tercera Vía, unos en busca de sus domicilios y otros gozando de la hermosa tarde primaveral del reconstruido Nueva York.

Como si las miradas de Alvin hubieran gozado de poder telepático, la muchacha, evidentemente halagada por la admiración del joven, no pudo evitar el volverse para mirar su conquista y tampoco pudo evitar la argentina carcajada que lanzó al ver cómo el aturrullado Alvin, colorado hasta la raíz de los cabellos, diera una serie de tropezones contra otros tantos viandantes, que se lo sacudieron de encima con no muy buenos modales, lo cual aumentó la hilaridad de la muchacha.

Pero ésta debió darse cuenta de que algo urgente la llamaba y reanudó su camino, ante la desolación de Alvin que por un instante había creído posible mandar al diablo la cita con su jefe y haber acompañado a la bellísima joven que le había subyugado tan intensamente. Y por primera vez en su vida, Alvin creyó en el amor a simple vista y se juró asimismo no descansar hasta hallar a la muchacha y declararle sus sentimientos. No se le ocurrió pensar en los catorce millones de habitantes de Nueva York ni siquiera en que no sabía ni el nombre ni la dirección de ella. Lo dio todo por hecho y un aura de esperanza y de felicidad invadió dulcemente, el hasta entonces desolado corazón de Alvin.

Éstos eran sus pensamientos cuando entró en el antedespacho de Hugh L. Myers, jefe de la I Brigada Criminal de Nueva York. Preguntó por él y la indiferente secretaria, mascando chicle, costumbre no perdida en el transcurso de los tiempos, le señaló un sillón y una mesita con revistas.

Alvin frunció el ceño desdeñosamente al ver la calidad de las novelas, pero entendiendo que no tenía otro remedio, se sentó y cogiendo una de ellas la abrió por el medio, dispuesto a pasar el rato de la mejor manera posible, en tanto el señor Myers no se acordara de él.

Entretanto, Joyce Brennan descendía a la Segunda Vía, recordando agradablemente su encuentro con aquel desconocido joven que la había hecho ruborizarse y que a su vez había enrojecido igualmente. El aspecto del hombre no le había desagradado e instantáneamente, a pesar de los prosaicos tiempos

que corrían se había sentido atraída hacia él, gustándole infinito su aspecto, calificándolo inmediatamente como uno de los más serios opositores a su blanca mano, a pesar de no haberlo visto sino durante fugaces segundos.

Pero el hecho de que el muchacho se hubiera parado para verla la había alterado más de lo que ella misma esperara y así, una vez en su oficina recibió sin la menor emoción la noticia de que su jefe quería verla.

De ordinario, como sus demás compañeros de trabajo en el importante rotativo, aquel anuncio la hubiera hecho fruncir el ceño y ponerse a pensar las respuestas que debía dirigir a su patrón, el señor Hunter M. Benedict, capataz de esclavos, y esclavos de la pluma al decir de muchos, ya que aún a riesgo de ser despedida, Joyce nunca se había callado ante las ásperas reprimendas que prodigaba, muchísimo más que los elogios, el acre Benedict, editor y personaje omnímodo en el «XXI Century New York Herald».

En consecuencia, Joyce se levantó de su mesa, donde había permanecido meditabunda durante buen rato y caminó hacia el fondo de la inmensa sala de redacción, en la que se veía una puerta con un rótulo en el que indicaba: «H. M. Benedict. Private», y llamó con los nudillos.

A través de un grueso habano, una voz del mismo calibre dijo lacónicamente:

—¡Pase, señorita Brennan!

Entró ésta en el despacho del editor, apartando con las manos las nubes de humo azul que casi impedían la visión en la estancia, y Benedict, dándose cuenta de lo que ocurría y suspirando en su interior por tener que poner en marcha el aspirador de humos, que le privaría en buena parte del aroma del cigarro, se levantó, obrando de una forma demasiado obsequiosa para que Joyce, que había visto mucho y se sorprendía de muy poco, no se quedara viendo visiones ante la forma tan amable con que era recibida.

El señor H. M. Benedict salió de detrás de su parapeto habitual que era la enorme mesa de despacho y empujó un pesado sillón por detrás de la muchacha, que se sentó en él, mirando con escrutadores ojos a su patrón, bien que sin preguntarle nada, esperando que fuera él quien dirigiera la palabra.

Éste se sentó en una esquina de la mesa, abandonando su pose

habitualmente doctrinaria y tomando una caja, la alargó abierta, ofreciendo un cigarrillo a Joyce, que rehusó con mudo gesto. Fracasado su intento, ofreció:

—¿Una copa de Jerez 1955? Es algo estupendo, señorita Brennan —y sin esperar en esta ocasión su asenso, llenó dos copas de un líquido dorado y alargó una de ellas a la muchacha, que tomó unos sorbos, aguardando el momento en que, por fin, el editor se decidiera a desembuchar lo que le rondaba por el magín.

Contra su costumbre, H. M. Benedict comenzó dando rodeos, en lugar de ir al grano:

—¡Hum…! Señorita Brennan… ¡Ejem…! Bueno, yo… En fin, lo que quiero decirla es que estamos muy contentos con sus servicios y que en materia reporteril es de lo mejorcito que hay por aquí y… bueno —tomó aliento el terror del rotativo y comenzó a dejar entrever sus propósitos—: Bien, yendo al asunto, señorita Brennan, ¿le gustaría hacer un viajecito un poco largo, ameno, distraído, con el que usted pudiera ganar fama en su profesión, amén de la consiguiente y substanciosa subida de sueldo, y nosotros un decentito aumento en la tirada del periódico?

Joyce iba a tomar un nuevo sorbo de aquel oloroso Jerez, y su mano se quedó a mitad del viaje al oír las palabras del viejo zorro que era, en cuestiones periodísticas, su amo y señor. Le preguntó en tono indiferente:

—¿Dónde es la marcha, jefe?

Éste se turbó y Joyce lo volvió a mirar extrañadísima. El señor H. M., como se le solía decir, se estaba portando de una manera muy rara, escasamente acorde con su idiosincrasia. Tartamudeó:

—¡Es… es… muy lejos, señorita Brennan! ¡Es… estará usted mucho tiempo fu… fuera de…!

Se impacientó levemente Joyce y su pie golpeó levemente el alfombrado suelo, en señal de disgusto:

—¡Señor Benedict! ¿Quiere, por favor, decirme de una vez cuál va a ser mi destino en esta ocasión? No soy una niña y no creo que donde me vaya usted a enviar me coman cruda.

H. M. cerró los ojos, suspiró y por fin, con el aspecto del hombre que quiere cruzar el canal de la Mancha en enero y con mar gruesa, se decidió:

—¡A Marte!

Joyce estaba muy bregada en las lides periodísticas y no se asombraba de nada, pero aquello rebasaba todas sus posibilidades de imaginación. No podía hacer más que una cosa: desmayarse. Y lo hizo.

CAPÍTULO IV

El doctor Silas B. Art, médico de la primera Colonia Terrestre en el IV Planeta, era un médico, en muchas cosas, a la antigua usanza. Por eso aquel día había salido provisto del instrumental necesario al «campo», para recoger unas cuantas muestras de vegetales de aquellas especies rarísimas que por allí crecían y analizar todas sus cualidades, entre las que, ciertamente no figuraban las alimenticias, ya que, ingeridos, salían del organismo humano tal como habían entrado en éste, es decir, masticados e insalivados, pero sin que tanto los jugos salivares como los gástricos ejercieran acción alguna en ellos, y sí en cambio, aquellas raras plantas los ejercían nocivamente en los cuerpos, provocando intensos trastornos intestinales a quienes, hartos del sistema de alimentación basado en las conservas, muy bien preparadas y variadísimas además, pero conservas al fin y al cabo, por muchas vueltas que se les diera, habían querido prepararse alguna ensalada o alguna sopa de hierbas.

Pero el doctor Art no estaba satisfecho con su botiquín, y con pueril empeño quería ver si aquellas raras plantas servían para algo. Y en esta ocupación estaba, a unas cuantas millas al sur de la base, en el borde de la Gran Syrte, en donde comenzaba la zona «boscosa», lugar al que se había trasladado con relativa facilidad, puesto que la fuerza de la gravedad era tres veces menor que en la Tierra.

El día era relativamente tranquilo y el viento del Norte, procedente del gran casquete de hielo del Polo, soportable. No por su frialdad, puesto que el traje a presión estaba acomodado térmica y automáticamente a las necesidades del cuerpo de quien lo llevaba, sino por la escasa intensidad con que soplaba, que hacía pareciera una auténtica brisa terrestre, que apenas movía el arenoso suelo, del que nacían aquellas plantas separadas entre sí Unos cuantos metros,

sin llegar a los dos de altura y que había hecho que aquella zona hubiera sido bautizada irónicamente por los expedicionarios, el «bosque».

Un poco de arena saltó bruscamente a los pies del médico, quien, con el cuchillo en la mano y del que se servía para cortar los vegetales, se incorporó sorprendido al escuchar, atenuadísima, la explosión de aquel rifle que, a no dudarlo, disparaban contra él. Y a su cerebro llegó la idea de que el inidentificado criminal quería, por alguna razón desconocida, suprimirle a él también.

El doctor no temía a la muerte, pero le enojaba sobremanera de que no tuviera otra cosa que un simple cuchillo, que no le servía de gran cosa, contra un potente rifle. Lamentó el no haberse traído el suyo, como hacían en los primeros tiempos de su llegada al IV Planeta, en previsión de encontrarse con animales desconocidos, pero al adquirir la certeza de que los únicos habitantes de Marte eran aquellas raras plantas, todo el mundo había dejado de lado aquella precaución que ya resultaba, en verdad inútil. Y el médico sollozó de rabia y de ira al no tener un arma similar a mano con que responder a los disparos que le hacían y cuyos silbidos percibía perfectamente, en tanto corría para ocultarse en aquellos matorrales, muy cerca de sus oídos.

Pero si el doctor Art corría, las balas iban más de prisa, y dos de ellas, llegando casi simultáneamente a su hombro izquierdo y a su costado del mismo lado, lo derribaron como empujado por una invisible mano contra el suelo. Y los dientes del herido crujieron de dolor y de ira, juntamente, al sentirse ya indefenso ante la muerte que le esperaba.

No obstante, quiso comunicar a la Base la agresión de que estaba siendo objeto. Pero al manipular en el mando del transmisor individual notó que éste no funcionaba y se dio cuenta de los diabólicos pensamientos de aquel criminal cerebro que estaba en todo y no dejaba nada al azar.

Jadeó, en tanto aguardaba estoicamente la muerte. Y súbitamente notó que su mano derecha oprimía algo, algo que a pesar de todo, inconscientemente no había abandonado: su cuchillo. Sonrió ferozmente el doctor, pensando que daría trabajo a su matador si éste no advertía que estaba la supuesta indefensa víctima armada. Cuando se inclinara sobre él para rematarle…

Pero el asesino no juzgó oportuno acercarse mucho. El doctor abrió desmesuradamente los ojos al comprobar la identidad del hombre que estaba sumiendo en el terror a la Colonia, y sin aguardar más, apenas el que se acercaba estuvo a media docena de metros del caído doctor, éste echó su mano derecha hacia atrás, reuniendo las escasas fuerzas que ya le quedaban, y disparó el cuchillo hacia su atacante, quien dándose cuenta de la maniobra de la víctima, dio un salto lateral, rapidísimo y que lo salvó indudablemente de la muerte.

Los trajes de presión eran impermeables a los elementos atmosféricos, así como no dejaban escapar el aire ni el calor contenidos en su interior en zonas estancos, para evitar una total congelación si ocurría un escape, y por eso el cuchillo hubiera atravesado fácilmente el corazón del asesino si éste no sé hubiera movido. Aun así le hirió, bien que levemente, y el criminal rugió de ira.

Encolerizado, no guardó las formas como la vez anterior. Arrancándose el cuchillo de la herida, lo tiró con furia al suelo y luego alzó el cargado rifle.

La bala se elevó, tras atravesar la escafandra transparente, en el centro de la frente del médico, que cayó hacia atrás, antes de tener la noción de que estaba muerto. Su pérdida de conocimiento coincidió con el chispazo del disparo, cuyos ecos se perdieron a lo lejos, en progresiva debilitación.

Esta vez el criminal no volvió a la Base sonriendo satisfecho por su macabra acción. Jurando y renegando, con el rifle terciado a la espalda, conteniéndose la sangre que le brotaba de la herida, procuró pasar inadvertido por los edificios y construcciones, que servían de alojamientos y almacenes, y se fue directamente a su habitación, donde, despojándose del traje de presión, se hizo una somera cura de urgencia por sí mismo, y concluido esto, comenzó a limpiar el rifle con todo cuidado, procurando no dejar la menor señal de que hubiera sido disparado recientemente.

* * *

Alvin T. Keats salió del despacho de su jefe, todavía mareado y sin dar crédito total a las estupendas noticias que le habían dado aún no hacía diez minutos. Ya estaba enterado del asunto de los

crímenes en Marte, pero nunca supuso que fuera él designado para, ir hasta allí y tratar de esclarecer el asunto, buscando al culpable y trayéndolo a la Tierra, con las pruebas que reuniera de su culpabilidad, para ser juzgado. Cierto que Alvin había alcanzado notables éxitos en su profesión, pero si en alguna ocasión le hubieran anticipado la noticia, se hubiera reído a mandíbula batiente de quien se lo hubiera dicho.

La secretaria de Myers se quedó asombrada ante la preocupada salida de Alvin, quien expresaba a las claras en su rostro todo lo que sentía, y la muchacha se preguntó qué le podría ocurrir al joven agente. Pero, pensando que con toda seguridad, aunque se lo preguntase, no se lo diría, suspiró, encogiéndose de hombros y volvió a su tarea.

Alvin recordó parte de su conversación con Myers. Éste le había dicho, tras indicarle su nombramiento para la resolución del caso:

—De que usted acierte, Keats, dependen muchas cosas. Dese cuenta de ello y si no se siente con fuerzas para ello, dígalo con toda franqueza. No le reprocharé lo más mínimo él que usted se eche atrás. Francamente, yo también lo meditaría mucho. No por el hecho de enfrentarme con un asesino implacable, que no deja ningún rastro tras de sí, sino —aquí se había estremecido el comisario jefe Myers— por el viajecito que, digan lo que digan, se las trae. Esto, y luego la vida troglodítica o poco menos que hay que llevar en lo que han dado en llamar IV Planeta.

—Sí —había murmurado pensativamente Alvin—: A mí me hace el efecto de que viajar en un armatoste de éstos, por los espacios siderales, es, en proporción, lo mismo que sentían los que viajaban en coche de caballos, o todo lo más, en aquellos primitivos automóviles de finales del siglo XIX, por los que entonces empezaban a volar. Por menos de diez centavos, de los de entonces, naturalmente —no pudo por menos de ironizar Alvin—: se les paraba el motor y entonces aquellos rudimentarios aviones se convertían en un amasijo de tela y cables.

—Exacto. Igual, aunque en mayor, en muchísima mayor escala, ocurre algunas veces, afortunadamente cada vez más rarísimas, con las aeronaves. De repente, sin motivo aparente alguno, ¡boom!, revientan, hay una luz brillantísima en el espacio durante un segundo, y luego de aquel brillante huso, con una docena de

hombres a bordo y unas cuantas toneladas de provisiones para los que ya están establecidos en Marte, no queda nada. Absolutamente nada.

—Afortunadamente es un género de muerte completamente indoloro, comisario —sonrió con una mueca Alvin—. Tiene la ventaja de que cuando uno se despierta, se encuentra ya con un arpa en la mano, flotando en una nube. ¡O asándose en una caldera!

—Así, pues ¿acepta, Keats? —dijo Myers, esperanzado.

—¡Qué remedio me queda, jefe!

—Escuche. Si lo hace como obediencia, he de decirle que…

Alvin alzó su mano interrumpiendo al comisario:

—No siga, señor Myers. Voy a gusto. Voluntariamente. De modo que sólo me queda ultimar los detalles de la partida y preparar la documentación necesaria, así como reunir toda la información precisa para trabajar a conciencia —dijo Alvin, finalmente.

—De su documentación nos ocuparemos en el Departamento, Keats —habló el comisario—: Y en cuanto a la información de los asesinatos, ya le he contado cuanto sé. El general Vauxhall y el coronel Monroe le darán a usted todo género de facilidades.

—Está bien, comisario —dijo Alvin, levantándose—. ¿Algo más?

—Sí. Una última advertencia. Esas dos personas que le acabo de citar son las únicas que conocerán su verdadera identidad. Y tenga en cuenta que se ha de encontrar con un hombre muy astuto, decidido a todo y que de averiguar su verdadera condición no vacilara lo más mínimo en sorprenderle.

—Convendría entonces que mi viaje no fuera oficial, en este sentido se entiende —objetó Alvin.

—Ya hemos convenido en eso. Y como sabemos que usted hizo estudios superiores electrónicos antes de ingresar en el Cuerpo, irá en calidad de técnico en tal manera. ¿Le parece bien, Keats? —Sonrió finalmente su jefe, levantándose y alargando la mano al joven.

—Excelente —aprobó éste, estrechando la mano de su superior —. ¿Cuándo es la partida?

—Dentro de una semana, y en días sucesivos partirá un convoy de astronaves, llevando suministros y algunas personas de relevo. Entre éstas irá usted. Podríamos decir que es un tren de carga lo que va a Marte —replicó Myers, añadiendo—: No deje de venir por

aquí dentro de seis días: la víspera de la partida. Le daremos toda la documentación necesaria y si tenemos alguna noticia más se la comunicaremos. No podremos decirle nada más durante su largo viaje. Si se lo dijéramos en lenguaje ordinario se enteraría todo el mundo de su misión verdadera. Si se le cifraran los mensajes, podrían parecer sospechosos. No sabrá nada hasta que se entreviste con el general y su jefe de comunicaciones y seguridad. Entretanto, tómese unos días de vacaciones, hasta el momento del viaje, y prepárese todo lo necesario.

Y al mismo tiempo que Alvin salía del despacho de Myers, la atónita Joyce Brennan se recuperaba de su mareo, atendida solícitamente por el editor del «XXI Century New York Herald», quien con un vaso de agua en la mano estaba tratando de hacerla volver a la vida.

Abrió la muchacha por fin los ojos y sonrió débilmente, exclamando:

—Ahora sólo me falta la pregunta de rigor en estos casos: ¿Dónde estoy?

Suspiró aliviado H. M. al ver que la periodista renacía nuevamente, y le preguntó:

—¿Se encuentra usted ya bien, señorita Brennan?

—Sí, gracias —respondió ésta, pasándose una mano por la frente, como si quiera alejar de su cerebro las causas de su desmayo —: Me he portado como hacían las mujeres de siglo y pico atrás, ¿no es eso, señor Benedict?

—Bueno —concedió éste—. La verdad es que fui un bruto. Debía haberle dado la noticia poco a poco…

—Una noticia como ésta, señor Benedict, aunque se dé con cuentagotas, es como para hacer perder el sentido al más firme —dijo, sonriendo agradablemente la muchacha, preguntando seguidamente—: ¿Cómo es que se le ocurrió pensar en mí? ¿Qué ocurre en Marte que no nos haya sido revelado ya por los expedicionarios de la Colonia, de cuyas actividades estamos al corriente por sus emisiones de radio y telespaciovisión?

H. M. se sintió ya periodista en jefe y tras llenar nuevamente la copa de la muchacha, se la alargó, cogiéndola ésta. Luego, el editor se sentó en su sillón, juntando las manos, y mirándola fijamente:

—¡Crímenes, señorita Brennan! —dijo teatralmente—:

¡Crímenes! —volvió a repetir.

Tanto por los efectos de la primera, como de la segunda noticia, Joyce pensó que necesitaba del Jerez y sorbió de la copa. Luego, miró con incrédulos ojos a H. M., que permanecía serio.

—¿Crímenes? —Dijo como un eco Joyce—: ¿Asesinatos?

—Usted lo ha dicho, señorita Brennan —afirmó H. M.—. Asesinatos. Y ya van dos. El doctor Globbs y uno de sus principales colaboradores, Tillings. Ambos murieron violentamente y aunque el asesino intentó hacer pasar dichas muertes como accidentes, se descubrió que no tenían nada de accidentales y sí mucho de premeditadas.

Joyce reflexionó unos momentos antes de hablar.

—Bien —dijo al cabo—: Pero no entiendo qué pinto yo en Marte. ¿Qué puedo hacer yo para resolver ese misterio? Porque supongo que el asesino no habrá sido descubierto, cuando se me envía a mí allí. ¿No es así, señor Benedict?

Éste asintió moviendo la cabeza:

—No. No ha sido descubierto el asesino. Pero su marcha allí es la de informar a nuestros lectores sobre el enigma apasionante de los últimos tiempos. Sobre el primer asesino sideral. Sobre el terror que, a lo que parece, se está apoderando de los habitantes de la Colonia. Sobre la identidad del hombre que mata, cuando ésta sea descubierta, claro está.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Benedict?

—Diga —contestó éste simplemente.

—¿Por qué he sido yo la elegida para esta misión? —inquirió la muchacha, sin ambages.

—Ya se lo dije anteriormente. Creo que usted es la más capacitada para ello, de todo el personal del «Herald» —contestó, elogiando cumplidamente con sus palabras a Joyce, que agradeció con un movimiento de cabeza.

—¿Le ha costado mucho el permiso del viaje?

Sonrió H. M. al decir:

—¡Uf! No lo sabe bien, señorita Brennan. Lo que he tenido que luchar en la Presidencia de la Federación, lo sé yo sólo. Y lo que he gritado también. Pero al fin me salí con la mía: que nuestro periódico se anticipara en enviar allí un reportero.

Joyce jugueteó con su copa, mirando al trasluz el dorado líquido

que todavía la mediaba, murmurando:

—Los demás rotativos pondrán el grito en el cielo cuando se enteren de que el «Herald» tiene un enviado especial en el IV Planeta.

Ahora, en cambio, se ensombreció la cara de H. M. y la joven tuvo la explicación de este cambio de actitud al oír las palabras del editor:

—Su información, señorita Brennan, servirá para las agencias periodísticas. Eso es lo malo: que todo el mundo se aprovechará de una ventaja que debiera ser sólo para nosotros.

—Sí —asintió ella pensativamente—: ¡Es una lástima! ¡El «Herald» podría haberse hecho de oro y…!

—No me diga más, Joyce —murmuró lúgubremente H M.—. De todas formas, cuando esto se acabe —y el rostro del editor comenzó a animarse— si ahora tenemos que compartir su reportaje con los demás, cuando regrese a la Tierra, nadie nos impedirá que sus memorias sobre el caso sean una exclusiva nuestra, ¿no es así?

—Cierto —contestó la muchacha, y se levantó, disponiéndose a marchar, levantándose H. M.

—Dentro de seis días vuelva por aquí. Tendrá toda su documentación preparada, así como una buena cámara, diminuta, pero de objetivo superluminoso que hará innecesario el «*flash*», para que fotografíe todo lo que se le ponga al alcance de la mano, así como material en abundancia.

Joyce se alegró cuando en el aeropuerto, ya al pie de la espacionave que iba a partir para Marte, vio a aquel muchacho que tanto y tan favorablemente la había impresionado. Solamente que ahora procuró no dejar traslucir sus impresiones tan a la ligera como en la anterior ocasión y, como buena fémina, contestó un tanto displicentemente al tímido saludo del hombre, que le sonrió, como si tratara de entablar conversación con ella.

Alvin abrió la boca, queriendo decir algo a la hermosa muchacha. No sospechaba que iba a ser su compañera de viaje y no quería emprender uno tan largo sin decirla alguna palabra, que le permitiera abrigar alguna esperanza a su regreso.

Pero Joyce sufrió una enorme decepción, momentáneamente, porque en el preciso instante en que Alvin hacía ademán de hablarle, otro hombre, desembarcando del vehículo que lo había

llevado al aeropuerto, corría hacia el muchacho y tras hablarle precipitadamente al oído, le entregaba un papel que leyó apresuradamente, haciendo que Alvin perdiera todo el interés que estaba sintiendo en aquellos momentos por la muchacha.

Joyce estuvo a punto de golpear el suelo con el pie, nerviosamente, pero se contuvo, suspirando. Y se hubiera quedado asombradísima si hubiera podido leer el papel que en aquellos momentos estaba acaparando la atención de su oponente y para ella desconocido antagonista masculino.

«Doctor Silas B. Art, asesinado iguales condiciones misterio, sin que esta ocasión incógnito criminal haya ocultado su delito. Recibió tres balazos víctima, último de ellos en cerebro. Continúa desconocida identidad asesino».

Firmaba el general Vauxhall, jefe de la Colonia, y el comisario Myers preguntó a Alvin:

—¿Qué le parece, Keats? Ese bandido ha tomado a Marte por campo de sus fechorías.

—Me parece que me voy a divertir bastante, jefe —sonrió forzadamente Alvin.

—Opino lo mismo, chico. ¡Ah! ¡Mira! Ya les están llamando. ¡Adiós! Que tengas buen viaje y… ¡Suerte!

Se estrecharon las manos ambos hombres, en tanto que en el lado opuesto, Joyce hacía lo mismo con el editor, que había tenido la gentileza de acudir a despedirla al astropuerto. Luego, la muchacha, moviendo ágilmente su esbelto cuerpo, se encaminó hacia la base de la escalera que la daría acceso a la cámara de pasaje de la enorme aeronave, que relucía en medio de la llanura, brillando cegadoramente al sol.

Pero cuando ya estaba a punto de subir Alvin, vio a aquella joven que tanto le gustaba y se sorprendió. No pudo evitar la pregunta:

—¿También… también usted viene?

Sonrió ella deliciosamente, sintiendo una extraña alegría invadirle el corazón:

—Sí. Yo también voy a Marte.

Y en el pecho de Alvin comenzaron a anidar las más locas esperanzas. Galantemente dejó que Joyce pasara primero.

CAPÍTULO V

—El ambiente está caldeado, general. Caldeado hasta el límite —dijo, sin rodeos, el coronel Monroe.

—¿Qué dice la gente, coronel? —inquirió el jefe de la Colonia.

El interpelado pareció meditar la respuesta antes de darla, pero cuando lo hizo, habló también claramente:

—Como puede fácilmente comprender, empiezan a desmoralizarse, general. Se reúnen en corrillos, hablan, murmuran, pero cuando yo, el mayor Camden o alguno de mis hombres del servicio de información pasan por su lado se callan.

—Esto indica… —murmuró Vauxhall, pensativo, sin acabar la frase quizá por parecerle demasiado absurdo lo que iba a decir, pero el coronel lo hizo por él.

—Esto indica que el día menos pensado vamos a tener un motín, general. A ninguno de los colonizadores le hace la menor gracia que un asesino, y además sin motivo alguno concreto, aparentemente al menos, ande suelto por ahí. Es fácil, pues, que pueda producirse un levantamiento cuando llegue la próxima expedición de transporte y asalten las aeronaves en loco, y hasta cierto punto justificado, intento de regresar a la Tierra —dijo con toda sensatez Monroe.

—Tiene usted razón —habló el general en tono y actitud apesadumbrados—. En confianza, Monroe, y tenga en cuenta que esto se lo digo únicamente a usted. Si yo fuera un simple mecánico o un radiotelegrafista, también andaría preocupándome de hurtar el bulto a este lugar, no solamente inhóspito, sino donde cualquiera de nosotros puede dejarse el pellejo en cualquier momento a manos de un criminal loco.

—Hasta ahora —dijo Monroe meditabundo— sólo ha atacado a personas de, digámoslo así, cierto relieve entre los trescientos hombres que componemos el personal. Tres personas cuyos servicios nos eran muy útiles y que son difíciles de reemplazar.

—Paro eso no nos asegura que cualquier día no empiece a matar simples soldados o mecánicos, Monroe —objetó el general.

—No es suyo ese temor solamente, sino de todo el mundo. De ahí las reuniones y habladillas, cuando no tienen nada que hacer. Sé que algunos piensan volverse en las naves de transporte, en cuanto éstas descarguen.

—¡No se lo consentiré! —Exclamó airado el general—: ¡Soy el jefe de esta base y…!

—Lo sé, general, lo sé —le interrumpió suavemente Monroe—. Pero ¿quiere decirme usted qué podremos hacer nosotros dos, con Camden y alguno más, contra el resto? Pasarán por encima de nosotros como si no existiéramos. Están muy soliviantados. Opinan que no hacemos nada por descubrir al criminal.

—No comprenden que aquí, puesto que no contábamos con estos crímenes, no disponernos de los medios científicos que hay en la Tierra para localizar al autor de los disparos —habló Vauxhall—. Una vez que el asesino ha limpiado su fusil, que en el caso de la muerte del doctor Art utilizó ya sin el menor empacho, no hay forma humana de descubrir su identidad. Y sólo hallando un fusil recién disparado podríamos saber cuál es el hombre que ha causado ya tres bajas en la Colonia.

—Ni siquiera ese método, primitivo en demasía, sería suficiente, general —repuso Monroe—: Con toda facilidad ha podido tomar el arma de otro compañero. Acusaríamos, en caso de hallar un rifle con señales de disparos, a un inocente tal vez, sin la menor prueba a su favor.

El general Vauxhall se sentó desalentado. Tan desanimado estaba que ni siquiera se acordó de encender su apagado habano, y murmuró flojamente:

—En resumen: Que lo que nos interesa es que no ocurra ningún crimen más y que llegue cuanto antes ese agente que hemos pedido a la Presidencia de la Federación. ¿No es eso?

—Usted lo ha dicho, general. Tengo… —Pero el coronel no llegó a concluir su frase, porque un murmullo de gente, hablando excitadamente, se dejó escuchar en aquel momento, aumentando de tono, a medida que el tropel se iba acercando a la habitación que era el despacho del jefe de la base.

—¿Qué es eso, Monroe? —preguntó aquél, no queriendo dar

crédito a sus oídos, no queriendo convencerse a sí mismo de que tal vez estaba ya en marcha la sublevación que tanto estaban temiendo.

—Me parece que ya tenemos el motín encima, general. Y lo mejor que podemos hacer es prevenirnos. Cojamos un arma cada uno. ¡Aprisa!

El griterío se fue acercando hasta resonar en la puerta del despacho, que súbitamente, sin previo aviso y sin que nadie se tomara la molestia de llamar, se abrió con violencia, dejando ver un numeroso grupo de gente en actitud amenazadora.

—¿Qué modos son esos de presentarse en mi despacho? ¿No pueden venir a verme en forma reglamentaria? ¿Dónde está mi ayudante? —habló Vauxhall con voz de trueno.

Uno de los que iban en cabeza de la manifestación, se cruzó de brazos delante de él y dijo:

—Su ayudante, general, no ha opuesto ninguna resistencia a que le veamos, por la sencilla razón de que no le hemos dejado. Y venimos a que nos solucione usted este misterio.

—Sí —clamó otra voz detrás del que parecía ser el cabecilla—. Queremos que se acaben ya estas muertes violentas, misteriosas. A este paso no vamos a quedar ninguno vivo en Marte.

—¡Moriremos uno tras otro a manos de un loco, de un lunático que solamente piensa en matar! —aulló un tercer amotinado.

El cabecilla extendió los brazos como indicando silencio y se dirigió al general, apuntándole con el índice, sin el menor respeto a la jerarquía:

—¿Qué han hecho ustedes para aclarar este enigma? Nada, absolutamente nada.

El rostro de Vauxhall estaba purpureo. Parecía como si en cualquier momento fuera a estallar y el coronel Monroe temió que, dejando a un lado la diplomacia que convenía tener en aquellos momentos con el grupo de exaltados, su jefe, si no conseguía imponerse, tomara el arma y comenzara a disparar, lo que no debía hacerse sino en momentos de extrema necesidad. Pero el general logró contenerse y dijo:

—Hasta ahora no tienen que preocuparse ustedes por su suerte. El asesino sólo ha atacado a personas de relieve en la Colonia. No ha muerto ningún simple soldado ni técnico. Los tres asesinados eran eminencias en sus respectivas profesiones y…

—¿Sí? ¿Y qué me dice del desgraciado Ben Adams? ¿También era «persona de relieve»? Era el que cuidaba de la central atómica. Un técnico cualquiera.

—Bien, ¿y qué tiene que ver Adams con todo esto? Ya sé que era uno más de vosotros, pero ¿no comprendo la relación que puede tener con los crímenes que… —El general se interrumpió, antes de pronunciar con visible repugnancia las palabras—: Estamos discutiendo?

—Nada. Ben Adams ya no tiene que ver nada con esto. Y no tiene que ver nada con los crímenes, porque él mismo ha sido asesinado. ¡Con la cabeza destrozada! —exclamó elevando el tono de voz el cabecilla, lo cual hizo que el resto del grupo uniera sus gritos de ira y cólera a las palabras anteriormente proferidas por el grupo de rebeldes.

Vauxhall palideció. Su seguridad le abandonó al escuchar la tremenda noticia de que un nuevo asesinato habla sido perpetrado, y el parecer de forma tan misteriosa como los anteriores, en la Colonia y ahora sí que se convenció de que en cuanto llegase la primera astronave de transporte, estallaría la sublevación, encaminada a obtener un puesto que permitiese regresar a la Tierra, a cualquier precio, de cualquier forma, aun pasando por encima de los cadáveres de los compañeros, muertos en el tumulto espantoso que indudablemente ocurriría.

Durante aquel segundo, Vauxhall obró bajo el impulso de una enajenación transitoria. Su mente pensó, con celeridad extraordinaria, en los trabajos, en las dificultades insuperables, en todos los obstáculos que había llegado a vencer con su voluntad tenaz e indomable para que el hecho de que una Colonia Terrestre en el IV Planeta fuera una realidad tangible, que ahora estaba a punto de desmoronarse como un castillo de arena, por obra de la mano de un loco, un irresponsable, o quizá pagado, vendido al oro de alguien interesado en destruir aquella obra orgullo de la Federación de Estados Occidentales, y no pudo resistir al pensamiento de que aquello estaba a punto de hundirse en la ruina.

Pero el coronel Monroe conocía bien a su jefe y le adivinó lo que pasaba en su cerebro. De modo que apenas el general se arrojó sobre el arma, el coronel saltó hacia él y desvió el cañón, en el momento en que por la boca de éste salía una rociada de

proyectiles, en rapidísima sucesión, cuyas detonaciones atronaron la estancia, haciendo retroceder a los revoltosos, excepto a su jefe, que, comprendiendo lo que ocurría, arrepintiéndose tal vez de su anterior actitud, avanzó, ayudando a Monroe a desarmar al general.

No era esta una tarea fácil. Vauxhall era alto, membrudo, de una fortaleza física excepcional, a pesar de haber rebasado ampliamente la cuarentena, y asía con firmes manos el arma, tratando una y otra vez de encararla hacia su cabeza.

Monroe no vio otra solución. Tampoco él era manco y en consecuencia, hizo lo único que podía hacer en aquellos momentos: cortar por lo sano. Y aplicó un soberbio derechazo a la mandíbula del general, que aflojó la presión de sus manos sobre la pistola ametralladora y cayó rodando al suelo.

El coronel respiró aliviado, en tanto que el cabecilla de los rebeldes le decía:

—Lo siento, señor. Nunca creí que nuestras palabras hicieran ponerse al general en tal estado.

—No tienen ustedes toda la culpa, Sam Brett —replicó pausadamente Monroe—: Pero aquí tienen una pequeña muestra de lo que nos puede ocurrir si dejamos que la indisciplina y el pánico nos invadan.

—Sí, señor. Lo hemos comprendido perfectamente. Le aseguro que en lo sucesivo, tendremos todos los ojos bien abiertos y procuraremos descubrir al asesino. ¡Le aseguro que…!

—No asegure nada, Sam —ordenó secamente Monroe—. Si le capturamos irá a la Tierra a ser juzgado. No olvide eso. Y ahora retírense. Es lo mejor que pueden hacer. No olviden que han estado a punto de amotinarse y están sujetos a las ordenanzas militares. Puede costarles caro si lo repiten. Creo que el general consentirá en pasar por alto este incidente.

—Sí, señor —contestó Brett, ya más amansado, como el resto de sus compañeros que, comprendiendo la evidente razón de las sensatas palabras del coronel, comenzaron a retirarse, haciendo mil comentarios en voz baja, acerca del incidente que acababa de ocurrir.

Monroe se arrodilló al lado de su jefe y comenzó a reanimarlo.

* * *

—Estamos ya muy cerca de Marte, ¿verdad, Alvin? —preguntó Joyce sonriente.

—Creo que ya estamos a punto de llegar. Se me ha hecho el viaje cortísimo a su lado —dijo éste galantemente.

La muchacha se echó a reír argentinamente, llenando con los agradables ecos de su voz la cabina en que se hallaban.

—¿Corto, Alvin? ¡Si ha durado casi dos meses!

—¿Tanto? —Preguntó asombrado Alvin—. Juraría que salimos ayer de la Tierra.

—Embustero —dijo ella de buen humor—: En su vida lo ha pasado más aburrido que en todo este tiempo encerrados en esta «cápsula».

—¿Cuánto cree que tardaremos, Alvin? —preguntó ella, una vez cesaron las risas de ambos.

—Pues no lo sé exactamente. Pero podemos averiguarlo yendo a la sala de mandos. ¿Le parece, Joyce?

—Hecho —dijo ella, comenzando a andar, saliendo de la cabina que servía de comedor y de cuarto de estar, indistintamente por el día, y que se transformaba en dormitorio durante la noche, y en la que se habían instalado unas cortinas que constituían la habitación de la joven, cuando ésta se retiraba a descansar.

Abrieron una puerta y se encontraron en la espaciosa cabina de mando de la espacionave, semicircular en la parte en que estaban instalados los aparatos de control, y ante los cuales, sentado en un sillón, se hallaba un hombre vigilando los visores de casi un metro de diámetro.

—¡Hola, Gregg! —saludó Alvin.

El interpelado se volvió, evidentemente sobresaltado y suspiró con alivio al ver que se trataba de Alvin y de Joyce. Sonrió:

—¡Hola! ¿Cómo va eso?

—Somos nosotros los que venimos a preguntar cómo marcha el asunto. ¿Cuándo nos queda por llegar a nuestro destino?

—Muy poco. Horas quizá —contestó Gregg.

—¿Cuánto? —inquirió Joyce, más curiosa, deseando que el piloto puntualizara la inconcreta respuesta.

—Probablemente un par de ellas. El segundo piloto, Vanadda, está haciendo ya los cálculos pertinentes. Dentro de pocos momentos comenzaremos a decelerar.

Alvin y Joyce se acercaron a la pantalla televisora, instalada oblicuamente, de modo casi vertical, sobre el amplio tablero de mandos, cubierto de infinidad de palancas, botones y esferas, en un maremágnum que sólo un experto podría descifrar. La imagen de Marte, rojiza, enorme, ya apareció en la verdosa pantalla, destacándose con toda nitidez en la negrura del cielo, constantemente tachonado por millones y millones de puntitos luminosos que constituían un maravilloso espectáculo que tanto Alvin, como Joyce, no se habían cansado todavía de contemplar al cabo de los días que llevaban encerrados en el reducido espacio de una astronave.

Alvin contempló largamente la imagen del planeta al que se dirigían y le pareció observar algo raro. El círculo de color rojo que era aquel astro no se encontraba en el centro de la pantalla, como era de esperar si fuera en línea recta hacia él. Estaba a un lado completamente y mucho más en medio, se hallaba la imagen, infinitamente menor, de otro cuerpo celeste que brillaba con la débil luz que reflejaba, procedente de la que a su vez le enviaban conjuntamente Marte y el Sol.

Inquirió el muchacho, extrañado:

—¿No le parece, Gregg, que no vamos por el buen camino para ir a Marte? No soy ningún técnico en esto de la astronáutica, pero me parece que no vamos en línea recta al término de nuestro viaje.

—¡Por Dios, Alvin! —terció Joyce, sonriendo—. Estás poniendo en duda la capacidad de nuestro experto piloto. Él ya sabe lo que tiene que hacer para llegar a Marte, ¿verdad, Gregg?

El aludido se echó a reír:

—Cierto, Joyce. No es la primera vez que me ocurre tal cosa. Siempre hay algún novato que pretende enseñarle a uno su profesión.

Se abochornó Alvin ante la indirecta, pero, preso sin saber por qué, de una indefinible sospecha, volvió a insistir tercamente:

—A pesar de todo, yo creo que…

—¿Que no vamos a Marte, verdad, Alvin? —le interrumpió una voz.

Alvin, Joyce y Gregg se volvieron al oír la voz de Vanadda, el segundo piloto. Pero no fue la pregunta de éste la que les extrañó, sino su actitud. Completamente fuera de lugar en aquella nave.

Porque Vanadda estaba recostado indolentemente contra el quicio de la puerta de acceso a la cabina de mandos, y en su mano derecha, sosteniéndola firmemente, empuñaba algo que hizo que tanto Alvin como Joyce levantaran instintivamente sus manos. ¡Una pistola cuyo cañón estaba encarado directamente al pecho del agente!

—Sí, es cierto, Alvin. Tiene usted muchísima razón. No vamos a Marte —dijo Vanadda, sonriendo mefistofélicamente, y continuando—: Al menos por ahora.

Por el cerebro de Alvin pasaron como un relámpago multitud de ideas contradictorias. ¿Habría sido descubierta su condición verdadera? ¿Sospecharían que no era el técnico electrónico que decían sus documentos? Dejando a un lado estas elucubraciones, preguntó, sin la menor nota de alteración en su voz:

—¿Puede saberse dónde se nos conduce, Vanadda?

—Lo sabrán. Pero no ahora —respondió éste y se dirigió al hombre que estaba detrás de Alvin—: Enciérralos en la cabina y amárralos allí. Hasta que no lleguemos deberán estar así.

Alvin no pudo contenerse esta vez y su voz se elevó, increpando al primer piloto:

—¡Traidor! ¿También usted…?

—También yo —respondió éste burlonamente—. Ya lo pueden ver. Vaya. Echen a andar y no se queden ahí los dos como un par de pasmarotes. ¿No han oído lo que dijo Vanadda?

Esta vez ya no se pudo contener Alvin. Gregg había salido de su sillón y se había colocado, con otra pistola en la mano, al lado del agente. Pero el primer piloto cometió un error. Un error que le iba a ser fatal.

Se había colocado demasiado cerca de Alvin, con la pistola oprimiéndole el costado, y súbitamente su mano derecha que estaba alzada, descendió fulminantemente, en veloz semicírculo que, después de haber trazado la curva inferior, ascendió, llevándose por delante la mano armada de Gregg, que quedó así, repentinamente, desprovisto de su pistola, la cual cayó al suelo, con metálico sonido. Y a continuación, el puño izquierdo de Alvin salió disparado hacia la mandíbula del primer piloto.

Éste no perdió el conocimiento quizá porque, todavía sin recuperarse del primer golpe recibido en el antebrazo, se había

tambaleado y el segundo puñetazo de Alvin no lo cogió tan lleno como éste hubiera deseado. Aun así y todo, Gregg salió hacia atrás, retrocediendo violentamente, en el momento en que una detonación atronaba los oídos de los presentes, y la cabina se llenaba con los gases de la cordita deflagrada.

El primer piloto se estremeció convulsivamente al recibir el balazo en la espalda, todavía flotando en el aire los ecos del disparo, su aullido de agonía se elevó a tonos inhumanos, y durante unos inacabables segundos, durante los cuales Joyce se oprimió la cara con las manos, conteniendo sus vivísimos deseos de gritar horrorizada, Gregg se tambaleó, cayendo finalmente hacia adelante, con un horroroso rictus de agonía en su rostro, en tanto que el metálico suelo de la espacionave se iba tiñendo, por primera vez desde que fuera construida, de un líquido rojizo que se extendía lentamente.

Pero Alvin no se estuvo quieto. Saltando por encima del cuerpo del caído se arrojó furiosamente sobre Vanadda, que había desviado un momento la atención de sus prisioneros, mirando al compañero de traición a quien acababa de matar involuntariamente. De modo que el segundo disparo se perdió, tras rozar el costado de Alvin, contra una pantalla visora que saltó en pedazos, con estruendo de vidrios rotos.

Vanadda no tuvo tiempo de hacer fuego por tercera vez. La pistola le fue arrancada de las manos antes de que tuviera tiempo de enterarse de lo que le ocurría, y un magnífico puñetazo le elevó del suelo, arrojándolo contra el mismo acto seguido.

La cabeza de Vanadda era menos dura que el dimagnesio con que estaba construida la aeronave y en consecuencia perdió el sentido, por la combinación de los dos golpes. Y Alvin se arrojó sobre las pistolas caídas apoderándose de una de ellas y entregando la otra a Joyce.

—O mucho me engaño o vamos a tener jaleo —dijo—. Me temo que el resto de la tripulación esté también confabulada para traicionarnos.

—¿Lo cree usted así, Alvin? —preguntó la muchacha ansiosamente, y en aquel preciso instante, un proyectil zumbó amenazadoramente por la cabina, empujado por la detonación que sonó procedente del pasillo.

—Ya lo está usted viendo, Joyce —sonrió duramente Alvin—: Ésa es una prueba de mi afirmación.

—¿Qué haremos, Alvin?

—Lo primero cerrar la puerta de acceso a la cabina —contestó, haciendo fuego en dirección al pasillo, de donde había partido otro chispazo enviando una bala a la cabina—. Ellos tienen en su mano los motores. Nosotros, la dirección de la aeronave. Veremos quién puede a quién —dijo Alvin, decidiéndose a ir, con precauciones, hacia la puerta.

Joyce, con el corazón oprimido por la angustia, lo vio acercarse y poner la mano en la puerta, que comenzó a girar. Pero en el preciso momento en que estaba a punto de ser cerrada la cabina, sonó otra detonación y Alvin exhaló un apagado gemido.

Horrorizada, Joyce vio cómo al muchacho le aparecía una raya sangrienta en un lado de la cabeza. Luego, perdido el sentido, asiéndose, a pesar de su inconsciencia, al borde de la puerta, Alvin fue resbalando hasta quedar exánime en el suelo.

Lanzó un grito de angustia la muchacha y, olvidándose de que tenía un arma en las manos, se abalanzó sobre Alvin, llamándolo desesperadamente. Y entretenida con esto, no se dio cuenta de que unos hombres entraban en la cabina y a viva fuerza la apartaban del que yacía en el suelo con la cabeza en medio de una mancha de sangre.

Joyce luchó, pataleó, se agitó, gritó, insultando a sus raptores, pero todo fue inútil. Vio repentinamente que un puño ascendía hasta su mandíbula. Quiso evitar desesperadamente el golpe, pero, sólidamente sujeta, no lo consiguió. Se sumió en una consoladora inconsciencia, perdiendo la noción de cuanto le rodeaba.

CAPÍTULO VI

En toda nave interplanetaria, uno de los elementos más esenciales y cuyo consumo se vigilaba con mayor intensidad, casi con ferocidad, era el agua. Pero a Vanadda parecía tenerle sin cuidado este detalle, porque, frotándose la mandíbula, todavía dolorida a consecuencia del formidable impacto que recibiera en ella, fue al comedor y, tomando una jarra de una alacena, a la que estaba sujeta con unas abrazaderas metálicas elásticas para impedir se rompiera en los momentos de aceleración o frenado, la llenó de agua de un pequeño depósito empotrado en la pared de dimagnesio.

Saliendo de la estancia, caminó hacia el otro dormitorio, en el que se encontraban prisioneros Joyce y Alvin.

Éste se encontraba echado en una litera, en tanto la joven procuraba atenderle y restañarle la sangre que le brotaba de la herida producida por el rebote de la bala y que, afortunadamente, sólo le había interesado el cuero cabelludo, produciéndole, no obstante, una conmoción cerebral que le había privado del conocimiento.

Joyce apartó la mirada del joven, todavía inconsciente, y miró hacia la puerta, que acababa de abrirse y en cuyo cuadrilátero apareció el sardónico rostro del segundo piloto, con el recipiente lleno de agua en la mano derecha.

—¡Apártese! —gruñó, sin ninguna clase de ceremonias.

Joyce se hizo a un lado como le pedían, y Vanadda acercándose a la litera, arrojó el agua bruscamente sobre el rostro del desvanecido, que se agitó unos momentos al sentir la frialdad del líquido. Y, para ayudarle a volver en sí completamente, Vanadda, arrojando a un lado la jarra, sin preocuparse de si se rompía o no, con la mano derecha, alternativamente de palma y de revés, golpeó repetidamente la cara de Alvin, hasta que éste comenzó a responder al enérgico tratamiento.

El agua y los golpes en el rostro hicieron que lentamente volviera el conocimiento a Alvin. Abrió éste los ojos, sintiendo un fortísimo dolor en la cabeza, en la región afectada por el proyectil, y volvió a cerrarlos, incapaz de soportar las oleadas dolorosas que le iban y le venían, martilleándole cruelmente las circunvoluciones cerebrales. Pero, haciendo un poderoso esfuerzo de su voluntad, separó los párpados y trató de incorporarse.

El movimiento le arrancó un gemido de dolor, mas, dominándose, consiguió sentarse Alvin en el borde de la litera, colocándose la cabeza entre las manos, sujetándosela como si temiera le fuera a estallar en mil pedazos. Lenta y paulatinamente, el dolor fue cesando, bien que no se alejara en su totalidad, sino dejando un sedimento que todavía molestaba bastante al joven, aunque éste comprendió que podría soportar bien la cosa, sin mayores males, aunque sintiéndose todavía bastante débil.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó con voz en la que se reflejaba claramente lo que le había ocurrido.

—Nada —le contestó Vanadda—. Sencillamente, un oportunísimo rebote de una bala de mis hombres que ha constituido para usted la salvación. De otro modo, hubiera acabado por morir a sus manos.

—¿Está usted seguro de ello, solemnísimo traidor? —Alvin no se pudo contener y escupió el insulto a la cara del piloto.

Palideció éste, cerrando los puños y abriéndolos alternativamente, y Joyce, que contemplaba la escena, todavía medio sentada en el suelo, temió por un instante que Vanadda se lanzara sobre Alvin para concluir la interrumpida tarea de antes. Pero el piloto se dominó y rió sarcásticamente.

—¿Traidor? Quizá, según su punto de vista, amigo Keats. Según el mío, un hombre que sabe aprovechar la oportunidad que pasa al alcance de su mano.

—Oportunidad que lo llevará a su merecido castigo, Vanadda. No lo olvide —amenazó suavemente Alvin.

—Para castigarme, lo primero que tienen que hacer es cogerme —dijo, riendo incesantemente, el piloto—. Y todavía tienen que hacerlo. En cambio, tengo en mi poder a uno de los hombres encargados de hacerlo.

Alvin intentó disimular haciéndose el desentendido:

—No sé a qué se refiere usted, Vanadda —dijo.

Nuevamente rió éste, con aquella risa suya tan desagradable.

—Demasiado lo sabe usted, Keats. ¿O cree que cuando nosotros obramos de esta manera lo hacemos a ciegas? Usted es un agente enviado para descubrir el misterio de los asesinatos que han ocurrido en el IV Planeta. Unos asesinatos que están aterrorizando al personal colonizador. Le han elegido a usted porque es hábil, paciente y suponen que acabará por descubrir al culpable, ¿no es eso?

Alvin prefirió no contestar, lamentando en su interior que sus enemigos estuvieran tan informados como él. Advirtió el gesto de asombro de la muchacha, que ya se había incorporado y que contemplaba con los ojos muy abiertos la escena, atónita al descubrir que Alvin no era un simple técnico como ella había pensado, sino un hombre enviado a Marte con una misión específica y concreta, una misión, hasta cierto punto, similar a la suya. Vanadda continuó:

—No se preocupe usted, Alvin. Usted no descubrirá al culpable. A ningún culpable —recalcó siniestramente, y se volvió hacia Joyce, diciéndole—: Ni usted enviará ninguna información a su periódico, señorita —prorrumpió en una siniestra carcajada—: ¡Ja, ja! ¡El primer policía sideral y la primera periodista del espacio, desaparecidos misteriosamente, sin dejar el menor rastro! Pero no teman. No será ahora. Y no será porque me falten ganas de hacerlo y vengar de paso la muerte de mi compañero. Sin embargo, tengo órdenes específicas con respecto a ustedes y de momento conservarán la vida. Y ahora les diré que deben ceñirse los cinturones de seguridad y prepararse para el aterrizaje. No vamos a Marte, como usted había supuesto acertadamente, Keats. Luego sabrá el lugar donde nos hemos detenido.

Vanadda se dirigió hacia la puerta y una vez allí se volvió, mirándolos irónicamente.

—Dense prisa, que no tardaremos ya mucho en tocar tierra. La pérdida de velocidad será bastante brusca, así es que pueden irse preparando. No hagan lo que le pasó a un amigo mío. ¿No saben lo que le ocurrió? Pensó que podría soportar impunemente los bruscos frenazos al llegar a Marte —Vanadda hizo una pausa y concluyó, sonriendo—: Tuvimos que recoger lo que quedó de él con un

aspirador. No había más que una mancha sanguinolenta en la pared de dimagnesio —y con una última y sonora carcajada, Vanadda cerró tras sí la puerta, y entonces Joyce corrió a los brazos de Alvin, refugiándose en ellos.

—¡Oh Alvin, Alvin! ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

Éste le rodeó los esbeltos hombros con su brazo, sonriéndole.

—Creo que, por ahora, lo mejor que podemos hacer es seguir los consejos de ese sinvergüenza de Vanadda, Joyce —repuso él, sonriéndole afectuosamente—. Todavía estamos con vida, y un refrán tan antiguo como el mundo mismo dice que mientras hay vida, hay esperanza. ¿No opina usted así, Joyce?

—Sí…, si usted lo dice, Alvin —dijo la muchacha, mirándole intensamente, haciendo que el corazón del joven se derritiera al calor de la luz de aquellos azules ojos.

Carraspeó él para disimular su turbación y ambos salieron del éxtasis en que comenzaban a caer. Alvin se levantó y, sujetándose la cabeza, aguantó unos instantes en pie, soportando el mareo que le había invadido al cambiar de postura. Luego, notándose más repuesto, ayudó a sujetarse a la muchacha y él mismo se tendió en la litera contigua, atándose firmemente con las correas. Alargó su mano y la unió con la de Joyce, y en aquel momento comenzó a trepidar la aeronave.

El enorme aparato comenzó a descender, apuntando con las toberas, de las que salían ríos de llamas, hacia tierra. Alvin no podía ver la maniobra, pero se la imaginó perfectamente, y en su fuero interno calificó a Vanadda como un perfecto chapucero en lo referente a la conducción de aparatos de aquel tipo. Con bruscas sacudidas que hundían los cuerpos de los dos en el mullido de las literas antichoque, el aparato, por la acción de los gases, fue reduciendo la enorme velocidad de que había estado poseído hasta aquel momento, cayendo en vertical hacia el punto de destino, hasta que, al fin, tras un lapso de tiempo que se les hizo a Alvin y a Joyce particularmente largo, notaron el astrocohete casi inmóvil y, por último, una pequeña sacudida les indicó que éste acababa de tomar tierra definitivamente.

Ruidos de pasos se notaron en el interior y la puerta de la pequeña cabina se abrió súbitamente. Dos hombres entraron en ella, con unos objetos idénticos en las manos, y uno de ellos se los dejó

en el centro, diciendo:

—Pónganselos, rápido. Tengan cuidado y piensen que en el sitio adónde vamos no hay atmósfera. Por consiguiente, les conviene ajustarse bien los trajes de presión y las escafandras.

No dijo más el hombre y se retiró con su compañero. Alvin se quitó las correas y ayudó a desceñir las de Joyce, que se lo agradeció con una sonrisa. La muchacha llevaba el traje de uniforme de a bordo, es decir, una especie de camisa de manga larga y pantalones ceñidos a los tobillos, de tejido especial sintético que conservaba el calor y permitía una cómoda transpiración del cuerpo. Únicamente su hermoso cabello de color de oro y las suaves líneas de su cuerpo la distinguían de los demás miembros de la tripulación, de modo que no necesitó cambiarse de ropa para embutirse en el pesado traje estanco, colocando la esfera transparente, desprovista a propósito de antena para que no pudieran emitir. Y cuando Joyce hubo terminado de equiparse lo hizo a su vez Alvin, probando acto seguido el oxígeno y viendo que en ambos casos funcionaba a la perfección. Sonrió a la muchacha y, acercando su casco al de ella para hablar por contacto, dijo:

—¿Me oye bien, Joyce?

Sonrió la joven y le contestó afirmativamente. La voz humana se transmitía estupendamente al ser comunicadas sus vibraciones al plástico de la esfera de visión, y Alvin continuó:

—Ese canalla de Vanadda está en todo. Nos ha quitado la antena del transmisor individual, de modo que sólo podremos escuchar sus órdenes. No podremos hablar entre nosotros más que de esta forma, Joyce.

—¿Teme que digamos lo que nos ocurre, Alvin? —preguntó ella de la misma forma.

—Es evidente —contestó Alvin—, y eso me hace suponer que…

Pero la puerta, abriéndose, privó a Joyce de escuchar las palabras que iba a pronunciar Alvin, que calló al ver entrar a Vanadda en la cabina. Movió éste, siempre con su eterna y sarcástica sonrisa, el botón del transmisor y dijo:

—¿Me oyen ustedes? —Continuó, tras el asentimiento de la pareja—. Tanto mejor. Como pueden comprender, les he desprovisto de la antena. Así pueden hablar ustedes si quieren, pero no se les escuchará a más de diez metros. En cambio, oirán todo lo

que necesiten escuchar. Y ahora pongan atención: Hemos llegado, por ahora, al término de nuestro viaje. No intenten resistir ni intentar la huida. El lugar al que nos dirigimos es limitadísimo, y aunque se escondieran, pronto les íbamos a encontrar. Eso por un lado. Por otro, pudieran recibir un balazo y lo de menos sería la herida, si no resultaba mortal. Al no haber atmósfera, el aire de los trajes a presión se escaparía instantáneamente por los orificios de la bala y su muerte, helados antes que asfixiados, no tendría nada de agradable. ¿Entendidos? Síganme y tengan en cuenta mis advertencias.

Alvin y Joyce comprendieren que no podían hacer nada y caminaron tras Vanadda. Salieron de la cabina y tras atravesar el pasillo de la carga, se metieron con su captor, que se reunió con dos de sus hombres que empuñaban sendas pistolas, encañonando a la pareja firmemente, en la cámara desde la que saldrían al exterior.

Vanadda manipuló en los controles y la primera puerta, girando automáticamente sobre sus goznes, se cerró lentamente. Luego expulsó el aire y hecho esto, la otra puerta comenzó a abrirse.

Alvin no notó el frío sideral, calentado su cuerpo por el sistema de calefacción del traje. Pero el paisaje que apareció ante su vista no tenía nada de atractivo. Y el joven pensó que, según las descripciones y las fotografías que él conocía de Marte, este astro, que sin duda no era el de su destino, no invitaba precisamente a la hospitalidad.

La curva de su esfericidad se divisaba claramente a simple vista, bastante cerrada, lo cual le dio una idea de la relativa pequeñez de aquel cuerpo que flotaba en el espacio. Pero el suelo era árido, tremendamente reseco, rocoso, irregular, accidentadísimo, roca pura, sin la menor traza de vida vegetal, y desde luego animal, en él. A lo lejos, y como una estrella más brillante que las demás, aparecía el sol, unas dos veces menor de tamaño que contemplado desde la Tierra, y con una luminosidad fácil de soportar. El cielo se veía negro en absoluto, lo cual probaba la veracidad de las palabras de Vanadda al decir que en el lugar al cual habían llegado se carecía de aire respirable.

Con burlón gesto, Vanadda les invitó a salir los primeros. Alvin se adelantó y asió el primer peldaño de la escalera que les conduciría a cien metros más abajo, al suelo de aquel desconocido

astro al que les había llevado su destino, en lugar de a Marte. Y en el suelo pudo ver unos cuantos hombres, provistos todos de escafandras, que miraban hacia arriba, advirtiendo Alvin, a pesar de la distancia, que algunos de ellos iban armados.

Suspiró resignado y comenzó el descenso. Tras él continuó bajando Joyce, y al cabo de unos minutos los dos se vieron rodeados por unos cuantos hombres, de rostros muy poco agradables, que los encañonaron con sus armas, previamente advertidos sin duda alguna por el traidor Vanadda.

Alvin alzó sus manos en señal de que no estaba dispuesto a ofrecer resistencia, y Joyce le imitó. Uno de aquellos tipos movió sus labios y los dos jóvenes percibieron claramente en el micrófono instalado en el interior de la esfera transparente, las órdenes:

—¡Vengan conmigo! ¡Y no intenten nada! ¿Entendido?

Alvin recordó oportunamente que, aun sin antena, podía hablar a la escasa distancia que le separaba de aquel hombre y exclamó, con aire aburrido:

—Me parece que esta misma advertencia nos la han hecho ya un millar de veces. Siga adelante y no tema. No nos lo comeremos.

—¡Cállese ya! Ustedes no tienen que hablar sino cuando les pregunten. Y procurando decir la verdad, ¿me entienden?

—Un poco defectuoso es su inglés, amigo, pero me doy cuenta de lo que me quiere decir. ¿Por dónde?

El tipo de la pistola pareció como si fuera a hacer algo amenazador al darse cuenta de la ironía de las palabras de Alvin, pero en el momento en que alzaba su mano y Joyce se apretaba instintivamente contra su compañero de cautiverio, se oyó una voz en tono imperativo, categórico, que no admitía la menor réplica:

—¿Qué haces ahí parado, Ponietzki? ¡Llévalos a presencia del jefe, sin perder un instante!

—Sí, señor —contestó el interpelado humildemente, dirigiéndose a continuación a los dos prisioneros—: ¡Vamos, síganme!

Alvin y Joyce echaron a andar, notando al hacerlo una extraña ligereza en sus cuerpos, que les hacía elevarse del suelo de una manera que en cualquier otra ocasión les hubiera hecho prorrumpir en risas incontenibles. Al menor esfuerzo de los músculos de sus piernas se elevaban unos cuantos metros sobre el suelo, y Joyce no

se pudo contener y preguntó, entre salto y salto:

—¿Qué pasa, Alvin? ¿Qué nos ocurre?

—No lo sé. Supongo que debe ser a consecuencia de la escasísima fuerza gravitatoria de este planeta. Debe ser muy pequeño para que nos ocurra tal cosa. Estoy seguro de que si me pesaran, no daría más de ocho o diez kilos en la báscula.

Como confirmando sus palabras, una serie de hombres aparecieron tras un amontonamiento de rocas siderales, llevando unos enormes bultos sobre sus hombros, de tal forma que parecían Atlantes cargando un mundo sobre sus espaldas.

—¡Fíjese, Joyce! —Exclamó Alvin, excitado—: ¡En cualquier parte de la Tierra esos fardos pesarían media tonelada al menos! Aquí, esos tipos los llevan con la mayor facilidad del mundo.

Joyce se quedó muda por el asombro, pero entonces ocurrió algo que reveló el misterio que envolvía a aquel rarísimo cuerpo celeste. Girando éste en el espacio, dejó ver primero un segmento, luego media esfera y al cabo de unos cuantos minutos, un enorme cuerpo celeste que parecía estar enfrente de ellos. Y Alvin reconoció, estupefacto, las manchas grises y azules de los llamados mares, las rojizas de los continentes y la inextricable red de canales de aquel gran cuerpo celeste que acababa de salir en el horizonte.

Un pensamiento fulmíneo le atenazó con sus sospechas. El pensamiento de haber adivinado el lugar en que se encontraban. No pudo por menos de exclamar, asiendo del brazo a Joyce:

—¡Mire! ¡Marte!

—¿Dónde estamos, pues? —preguntó la muchacha, igualmente en el colmo del asombro.

Alvin hizo unos pequeños cálculos mentales, en tanto el planeta iba recorriendo su órbita en el firmamento y al fin, hallando la luz, volvió a exclamar:

—Esto no es un planeta. Es un satélite de Marte… ¡Es… Deimos!

CAPÍTULO VII

Sin ningún miramiento, Alvin y Joyce fueron arrojados en una caverna, provista de una puerta metálica, que se cerró al instante. Habían sido llevados por el traidor Vanadda a la base de una elevación, como todas las del satélite marciano, rocosa, abrupta, con evidentes señales de haber sufrido en un remotísimo pasado fenomenales convulsiones geológicas, quizá producto de la transformación de un cuerpo incandescente en otro frío, completamente desprovisto de vida que hacía de Deimos una enorme roca, flotando en el espacio a diez mil setecientos kilómetros de distancia, girando velocísimamente alrededor de su planeta.

Al llegar a la base de la elevación habían visto un túnel al pie de la misma, por el cual y a indicación de sus captores habían seguido. Alvin se fijó en numerosos hombres, todos ellos provistos de escafandras y trajes de presión, que iban y venían con objetos en las manos o bien cargados con ellos, cuando los bultos eran más voluminosos. Pero en realidad no era un túnel, sino una enorme caverna aquella grandísima anfractuosidad, brillantemente iluminada, y a cuyos lados, en casi ininterrumpida sucesión veíanse puertas metálicas, que cerraban aquella especie de alvéolos, los cuales, sin duda alguna, debían ser almacenes y alojamientos de los numerosos hombres que había allí y en cuyos rasgos fisonómicos advirtió Alvin trazas de raza oriental, a juzgar por lo que abundaban los pómulos salientes y la oblicuidad de los ojos.

Pero no tuvo tiempo de ver nada. La misma deslumbrante iluminación hacía que no pudiera verse el final de aquel larguísimo y enorme túnel, y antes de que tuviera tiempo de observar nada más, junto con Joyce, fue empujado a una, de aquellas habitaciones, cuya puerta se había cerrado inmediatamente detrás de ellos, no sin que Alvin tuviera tiempo de notar una siniestra sonrisa en el rostro

de Vanadda, la cual tuvo la virtud de producirle un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Sin embargo, y a pesar del obscuro y nada agradable presentimiento que invadió su ánimo, no se atrevió a comunicar sus temores a la muchacha.

—¿Qué harán con nosotros ahora? —preguntó ésta, con una nota levemente temblorosa en la voz.

Alvin se le acercó, hasta que sus des cascos se tocaron. Tuvo que hacerlo a tientas, pues ni siquiera les habían dejado la luz encendida y la obscuridad era absoluta. Cogió la mano de la muchacha, como para infundirla aliento y le dijo:

—¡Chissst…! Cierre el contacto de la radio, Joyce. Alcanza a poca distancia, pero pudieran oírnos.

Ella lo hizo así, y entonces Alvin continuó:

—No sé qué es lo que piensan hacer con nosotros, Joyce. Creo que si hubieran querido matarnos, nadie se lo hubiera impedido. Por lo tanto, opino que nos quedaremos aquí prisioneros…

—¿Hasta cuándo, Alvin? —interrumpió ella.

—Sólo lo sabe el que manda estos hombres, y el objeto de nuestra detención, así como la desviación de la aeronave, es secreto suyo —respondió Alvin.

—¿Cuál será el objeto de tener esta base aquí en Deimos? No me da buena espina —murmuró Joyce.

—Ni a mí. Preveo días muy malos, peores que los que están pasando, para los habitantes de la Colonia, Joyce.

Alvin hablaba sensatamente y desgraciadamente acertaba, porque en aquellos momentos, tranquilizados los colonizadores de Marte, el coronel Monroe decía al general:

—Parece que los ánimos se aquietan, señor. Todavía hay algunas murmuraciones, pero como, aunque sea hablar un poco despiadadamente, el asesino fantasma no ha vuelto a hacer de las suyas, la gente comienza a olvidar un poco…

¡Booommm!

La explosión fue tan fuerte, que conmovió la habitación en que se encontraban el general Vauxhall y su jefe de información, obligándoles a agarrarse a lo primero que encontraran, hasta que pasaron los efectos de aquella especie de terremoto. Luego, cuando el rumor de la espantosa detonación fue cediendo, ambos hombres se miraron entre sí, palidísimos, pero casi en el mismo momento la

lucecita verde del televisor instalado en el despacho del general comenzó a parpadear aceleradamente.

Se precipitó éste sobre el intercomunicador como un loco y dio el contacto. Apareció al instante el rostro del mayor Camden y el general rugió:

—¿Qué ocurre, Camden? ¿Qué nueva catástrofe es ésa?

—Han volado los almacenes de provisiones y agua, señor —fue la desconsoladora respuesta que recibió el general, que miró desolado a Monroe, que se le había acercado.

Volvió a inquirir el general:

—¿Son muy grandes los daños, Camden?

—No lo puedo precisar a simple vista, señor, pero sí me parece que nos van a hacer pasar por muchas dificultades. Todas las provisiones están sepultadas bajo los escombros y mucho me temo que no quede ni una gota de agua. Ha habido bastantes víctimas.

—¿Víctimas? —preguntó de nuevo, y esta vez con muchísima mayor alarma, el general.

—Sí, señor. Por lo menos diez hombres están enterrados allí. Aparte de tres o cuatro que estaban en el edificio contiguo y que han debido morir al escaparse el aire por un boquete que ha producido la explosión.

Vauxhall dejó escapar una retahíla de maldiciones y cuando calló exclamó:

—¡Ahora mismo voy allí para investigar!

—Le recomiendo que se pongan los trajes a presión, señor. No sabemos lo que puede ocurrir y sería una catástrofe que se encontrara en una habitación de la cual pudiera faltar el aire en cualquier momento.

—Haga funcionar los detectores, Camden. Así sabremos la presión atmosférica que tenemos.

—Sí, señor —replicó, cortando la comunicación, el segundo del coronel.

—¡Vamos allá, Monroe! —dijo secamente el general, pasando a su habitación y comenzando a colocarse el traje estanco, en tanto el coronel corría a la suya para hacer lo propio, encontrándose los dos al cabo de unos minutos.

Ni el general ni su compañero parecieron reparar en los pálidos rostros de quienes los contemplaban al pasar. La Colonia era una

gran serie de edificios, todos comunicados entre sí, y a causa de la rarefacción del aire en Marte, dotados de aire a la presión necesaria. Atravesaron laboratorios, puestos de control, depósitos de armamentos y equipo y finalmente se encontraron en el último edificio, anterior al que había sido alcanzado por los efectos de la explosión. Tras desalojar de aire la cámara de acondicionamiento, de que cada construcción estaba equipada, independientemente de las demás, salieron al exterior, ofreciéndose un espantoso espectáculo a la vista de los dos hombres.

El almacén de vituallas estaba situado a la derecha de la puerta por donde habían salido, y eran un informe montón de escombros, bien que ésta no sea la palabra adecuada, ya que todas las construcciones eran metálicas.

Ya había un numeroso grupo de colonizadores, todos provistos de escafandras, trabajando denodadamente en la extracción de los cuerpos allí sepultados, con la esperanza de hallar algún compañero vivo. Los sopletes funcionaban, cortando el durísimo metal como si fuera de manteca, en tanto que otros separaban las planchas seccionadas a un lado.

Camden se les acercó corriendo.

—Tengo muy malas impresiones, señor —dijo, sin rodeos.

El general crispó los puños airadamente. Durante algún tiempo había pensado que el criminal habría realizado sus sangrientos actos por resentimientos particulares con los muertos, en un vano deseo de tranquilizarse a sí mismo, pero el hecho de que uno de los más esenciales edificios del cual podía decirse dependía la vida de la Colonia, hubiera sido completamente destruido, le demostraba que se atentaba no solamente ya contra la existencia individual, sino colectiva. Y de no hallar pronta solución, la primera colonización de Marte sería un rotundo fracaso. Teñido en sangre inocente, además.

Pero, dudando de que pudiera salvarse alguna vida y ateniéndose a lo positivo, que era la del resto de los colonos, el general Vauxhall inquirió:

—Camden, ¿cree usted que podremos salvar algunos víveres de ahí dentro?

El interpelado meditó la respuesta antes de contestar:

—Creo que sí, señor, aunque pasaremos numerosas dificultades, puesto que de las aeronaves de transporte sólo una trae alimentos.

El resto de los envíos son equipos y material necesario para la Colonia.

—Sí, ya lo sé —murmuró pensativo Vauxhall—. Pero hay otra cosa que me preocupa, aunque tengamos que ponernos a media ración durante una buena temporada.

—¿El agua, señor? —dijo Monroe.

—Exacto —respondió el general.

—Tenemos una solución para el asunto, señor —dijo el coronel —. Usted puede disponer de una aeronave, puesto que tiene autoridad sobre ella. Con enviarla al Polo, con unos cuantos hombres encargados de fundir hielo, el asunto está resuelto.

—Sí, eso es cierto —dijo el general—. Pero ¿y lo que nos retrasará?

—El retraso es lo de menos, señor —contestó atinadamente el coronel—. Un año, en la instalación de una Colonia como la nuestra cuenta poco. Recuerde que antes de ser lo que es han pasado casi cinco años.

Suspiró el general, recordando sus primeros tiempos. Cuando llegaran allí por primera vez. La emoción de hollar un suelo hasta entonces virgen de toda pisada humana. Sus dificultades para la existencia. La emoción de las llegadas de las espacionaves que traían, cada cuatro meses más material y nuevos grupos de hombres, ansiosos de poner a Marte en condiciones de habitabilidad y aprovechamiento de los inmensos recursos que, hábilmente utilizados, podrían extraerse del planeta.

Trató Vauxhall de alejar tales pensamientos de su mente, y preguntó, innecesariamente desde luego, puesto que el primer enterado de todo era él:

—¿No tenía que haber llegado ya la primera aeronave de transporte, Monroe? Sí, ésa en la cual venía un «amigo» nuestro. —Y el general subrayó la palabra amigo.

—Es cierto, señor. Y me extraña el retraso. Hoy era el día… —consultó Monroe el reloj que llevaba en la muñeca, sujeto por encima del traje a presión—, y tenía la llegada a las 1010[1].

—Pues son ya las 1325 y todavía no sabemos nada de ellos. Llame a la torre de control y pregunte a ver si han recibido algún mensaje de aviso, Monroe. Esto de que ya se hayan retrasado más de tres horas no me parece nada bueno. Me da que pensar —

exclamó el general.

—Y a mí también, señor —dijo Monroe, conectando su radio con la de la torre faro.

Pero si el general hubiera sabido que la aeronave que esperaban había estado ocupada por unos traidores y que el «amigo» que viajaba en ella se encontraba en aquellos momentos ocupadísimo en acostumbrarse a la potente luz que, al cabo de un buen rato de permanecer a obscuras, lo había deslumbrado por completo, su desánimo hubiera llegado a tal extremo que a buen seguro él mismo hubiera sido uno de los que hubiera tomado la primera astronave que hubiera de regresar a la Tierra, enviando al diablo a la Colonia y al primero que sugirió la idea, hecha realidad ya la teoría de la posibilidad de los viajes interplanetarios, de establecerse en Marte, con el fin de aprovechar los recursos naturales del IV Planeta.

Alvin parpadeó unas cuantas veces hasta que, lentamente, sus ojos se fueron habituando a la vivísima iluminación que reinaba en la hasta entonces oscurísima habitación. Sonrió a Joyce, que se encontraba en la misma situación que él y dijo:

—Esto ya es otra cosa. Al menos podemos vernos.

—Sí, pero…

La puerta no hizo ruido alguno, pero la muchacha se interrumpió al ver cómo se abría, situada frente a ella, y su repentino silencio hizo que Alvin se volviera rápidamente, viéndose cara a cara con el traidor Vanadda y dos de sus satélites que llevaban pistolas en las manos. Pero al agente le extrañó la forma de aquellas armas. Eran de un tipo que, a pesar de conocer perfectamente todas las clases de armamento ligero que había en el mundo, no había visto nunca. Las observó aprensivamente, más por su rarísima construcción que por el enorme volumen que tenían, pero escuchó a Vanadda.

—Espero que no pongan ninguna resistencia a seguirme. Nuestro jefe ha encontrado un huequecito en sus innumerables tareas y quiere verlos. Va a decidir sobre su suerte futura —y al pronunciar esta frase, sonriendo desagradablemente, como siempre, una sensación de amenaza flotó sobre los dos cautivos, haciendo que, instintivamente, Joyce se aproximara a Alvin.

Comenzaron a andar. Vanadda se colocó a su lado, en tanto que los dos guardianes, todos ellos con traje a presión, marchaban

detrás, vigilando atentamente cualquier intento de rebelión por parte de Alvin, sobre todo. Pero éste comprendió que era inútil, al menos por el momento, resistirse, y, en cambio, procuró fijarse sobre todo en el menor detalle de cuanto veían, incluso en los rostros de quienes se cruzaban con la pequeña comitiva.

El túnel, o la caverna, era inmenso, pero como todas las cosas tienen su límite, llegaron a su conclusión, frente a una puerta de metal de doble tamaño que las demás, ante la que había un par de hombres armados con rifles de similar construcción a la de las pistolas. Vanadda habló con uno de los dos centinelas brevemente y el hombre, volviéndose, habló por un micrófono instalado en la pared, en un idioma cuyas inflexiones no logró reconocer Alvin, bien que le pareció del grupo eslavo, pero sin poder confirmar su suposición.

Obtenido el permiso, el centinela oprimió un botón y la puerta, en lugar de girar, se deslizó en el mayor silencio, dejando ver una habitación enorme, en cuyo fondo había una mesa de despacho metálica, ante la cual se hallaba sentado un hombre.

No fue el aspecto del hombre el que extrañó a Alvin, sino el hecho de que no llevara traje de presión. Ellos tenían que llevar escafandra con depósitos de oxigeno comprimido a elevadísimas presiones para poder vivir en aquel satélite desprovisto en absoluto de aire. En cambio, aquel ser, que les miraba con una sombra de sonrisa, en la que se transparentaba el triunfo, no sólo vivía en aquella atmósfera, sino que iba vestido con telas de liviano espesor. ¿Cómo era posible aquello?

CAPÍTULO VIII

El hombre que estaba detrás de la mesa tenía indudables rasgos orientales, bien que en ellos se advirtieran señales de antepasados blancos. Alvin lo calificó inmediatamente de eurasiático y, a juzgar por su aspecto, pensó que todas las malas cualidades de ambas razas debían haberse dado cita en aquel cuerpo, junto con una inteligencia completamente superior a la de todos los demás secuaces suyos que habitaban Deimos, con fines que, si bien eran ignorados de Alvin, comenzaba a sospechar cuál era el objeto de aquella concentración humana a tan escasa distancia de Marte.

El hombre aquel hizo un leve gesto con la mano y, haciendo profundas inclinaciones, Vanadda y los dos guardianes desaparecieron, en tanto que aquel enigmático ser, cuya sonrisa indefinible continuaba flotando en sus labios, oprimía un botón en la mesa.

Apenas cerraba la puerta de aquella espaciosa habitación, Alvin tuvo la explicación de que el nombre no necesitara escafandra para respirar, un muro de liso cristal desapareció, ascendiendo con leve zumbido hacia el techo, y el agente comprendió que detrás de aquel compartimiento no hacía falta usar trajes espaciales. Ahora el aire había invadido toda la estancia y el hombre, por primera vez desde que la pareja entrara, movió sus labios.

—Pueden quitarse las escafandras. Ya no las necesitan —y al mismo tiempo sacó una pistola de aquéllas tan extrañas que depositó en la mesa, al alcance de su mano, levantándose y apoyándose en el borde del mueble.

Obedecieron Keats y Joyce, notando que la habitación estaba agradablemente acondicionada, casi con calor en exceso, como si su ocupante fuera un individuo temeroso del frío. Éste continuó hablando:

—Ustedes ignoran mi nombre. Yo sé los suyos y los fines que los

llevan a Marte. Lamento tener que decirles que esos fines no han de ser ejecutados jamás.

Tras de este pequeño exordio, calló un momento el misterioso ser y prosiguió:

—Pueden llamarme, si así lo desean, Kharr. No es mi nombre, pero es el que uso habitualmente cuando me embarco en una empresa, como ésta, en la que la guerra, si bien será pequeña, es el principal aliciente. Y uno de mis primeros actos será la invasión de Marte. No es éste el término exacto, puesto que sólo tenemos que atacar una pequeña guarnición, en un espacio reducido, pero como a fin de cuentas son los únicos habitantes del planeta, bien puede llamarse del modo que he dicho.

—¿No cree usted que se les mellarán los dientes en la empresa? —preguntó Alvin.

Una risita suave movió las facciones de Kharr, quien se movió ligeramente, tocando un botón que había detrás de él. Una figura apareció en una pantalla televisora que se hallaba en un lado de la mesa y Kharr exclamó:

—Haga una demostración de nuestras armas, Ponietzki.

—Sí, Excelencia —contestó el llamado, y Alvin y Joyce pudieron contemplar cómo cambiaba el panorama, advirtiendo a continuación que Ponietzki había salido al exterior, armado, y que la pistola de extraña construcción se encaraba hacia una enorme roca que había a unos cien metros de distancia de la entrada a la caverna. Tras tomar puntería y sin que el menor ruido llegara hasta ellos, un rayo azulado salió del cañón de la pistola, dirigiéndose hacia la piedra, que al momento tomó un aspecto incandescente. Se mantuvo así durante un par de segundos, deslumbrándolos con sus fulgores y, tras pasar después por toda la gama de colores, desapareció bruscamente, dejando en el lugar que ocupaba la roca un hoyo negruzco como único rastro de su anterior presencia.

—¿Qué les parece? ¿Creen que la guarnición de Marte, en cuanto haya visto los devastadores efectos de mis pistolas radiantes, insistirá en luchar hasta la muerte? —inquirió Kharr, sonriendo desdeñosamente.

Tardó unos segundos en contestar Alvin, profundamente impresionado por la demostración de aquella desconocida arma de eminente poder mortífero y que supuso eficaz para toda clase de

defensas, las cuales cederían tan fácilmente como la roca que había desaparecido desintegrada en tan brevísimo espacio de tiempo. Kharr advirtió fácilmente la profunda impresión que había causado aquella arma en los dos jóvenes y dijo:

—Gracias, Ponietzki. Ya es bastante —y cortó la comunicación, desapareciendo las imágenes de la pantalla. Luego se volvió hacia Alvin y Joyce y les preguntó—: ¿Están convencidos ahora?

En lugar de responder a lo que se les preguntaba, Alvin interrogó a su vez:

—¿Puedo saber cuál va a ser nuestro destino, Kharr?

—Llámeme Excelencia cada vez que se dirija a mí, Keats, no lo olvide —reprendió suavemente el interpelado y, por primera vez, Alvin advirtió una nota de infatuación en la voz de aquel hombre.

—¿Excelencia? —Se burló el joven—. Más bien jefe de una partida de bandidos, «gangsters» del espacio. Podrán destruir la guarnición de Marte, pulverizar los edificios que han costado tanto tiempo y dinero, pero si espera escapar a la venganza de la Federación, es que usted adolece de ingenuo, Kharr. Y para mí, lo que menos tiene usted es de excelente, sino todo lo contrario, de canalla, asesino y sinvergüenza.

Rugiendo ferozmente, lanzando atroces amenazas por su boca, Kharr se volvió rapidísimamente, empuñando la pistola que había encima de la mesa y girando a continuación hacia el agente, que vio en los ojos de su enemigo la decisión de fulminarle. Pero resuelto a defender su vida y no caer sin lucha, obró y obró velozmente, de modo que, ganándole a Kharr la acción en una centésima de segundo, logró desarmarle.

Al entrar en la habitación y ascender hasta el techo el mamparo de vidrio que la partía en dos, se habían quitado las esferas de plástico de las escafandras siderales, pero todavía no la había dejado en ningún sitio sino que, al igual que Joyce, aguardando su desconocido destino, la tenía en la mano. Y la esfera voló por el aire, alcanzando de lleno la mano armada de Kharr, haciendo que la pistola cayera inofensivamente al suelo.

Casi aulló de alegría Alvin, en tanto que Joyce retrocedía instintivamente, al comprobar que ahora estaban los dos en idénticas condiciones.

Un puntapié la mandó unos cuantos metros más allá y luego el

jefe de aquella cuadrilla de bandidos del espacio, como acertadamente los había calificado Alvin, se incorporó, pero no por su voluntad.

Los dientes le entrechocaron siniestramente, partiéndosele algunos de ellos, que escupió mezclados con sangre, al recibir un soberbio «uppercut» que le disparara el agente, en tanto gritaba:

—¡Joyce, Joyce! ¡Apodérese del arma! ¡Pronto!

Pero apenas había pronunciado estas palabras cuando sintió que le flaqueaban las piernas y se dejó caer al suelo, en tanto notaba en su mentón el vivísimo dolor que le había producido el directo que le lanzara su contrincante, que le demostró con esta acción que sabía usar también los puños. Y como entre nubes, Alvin vio cómo Kharr se abalanzaba hacia el lado opuesto de la mesa, sin duda para tomar otra pistola de algún cajón de la misma.

Pero saltó a un lado, aullando de ira y de pánico conjuntamente, cuando Joyce, que lo vigilaba, sin temor alguno oprimió el gatillo de la pistola que había recogido del suelo y que empuñaba firmemente en su mano derecha.

La aguda vista de Kharr le salvó de la muerte, puesto que vio la acción de la muchacha y el rayo mortífero le pasó cerca, deteniéndose en la pared, en la que abrió un negro hueco de varios metros de diámetro. Miró como una fiera acorralada, pero ya Alvin se incorporaba y se levantaba, arrojándose de nuevo hacia él.

Kharr lo recibió disparando sus manos cerradas, una tras otra, pero ágilmente Keats esquivó los golpes, parándolos, en tanto que su mano izquierda se dirigía velozmente hacia su costado derecho y el puño opuesto ascendía de nuevo, hasta el mentón de su enemigo, arrojándole sobre la enorme mesa, cuyos papeles barrió, así como los transmisores, al resbalar por efectos del formidable golpe.

Cayó el jefe de aquella cuadrilla al otro lado y Alvin, saltando fácilmente por encima del mueble, se arrojó sobre él, para inclinarse al momento, con una expresión de angustia en el rostro y una exclamación de agonía en la boca, al recibir un fenomenal puntapié en el vientre que le hizo sentir un latigazo de dolor por todo el cuerpo, olvidándose por unos instantes de la lucha.

De un salto se puso en pie Kharr y castigó duramente al joven, que no pudo hacer otra cosa que ir de un lado para otro, soportando la lluvia de golpes que le caía, sin que Joyce se viera capaz de

intervenir, a causa de la proximidad de los dos cuerpos.

Sin saber casi lo que hacía, Alvin lanzó su puño derecho hacia adelante, en un desesperado intento de sacudirse aquella presión, y con gran sorpresa por su parte notó que daba en blando, al mismo tiempo que un gruñido de dolor se escapaba de los tumefactos labios de su enemigo.

Sus puños martillearon duramente el tórax y rostro de Kharr. Un golpe alcanzó a éste en plena nariz, de la que brotó a continuación un chorro de sangre, en tanto que por su boca salían espantosas maldiciones. Otro le cerró un ojo, partiéndole al mismo tiempo una ceja, convirtiéndole la maltratada faz en una máscara de horrible aspecto, sangrienta e irreconocible. Pero Kharr era resistente y a pesar del tremendo castigo que a cualquier hombre hubiera derribado inconsciente en el suelo, retrocediendo, logró mantenerse en pie y aprovechando un momento de respiro de Alvin, a su vez, se echó hacia adelante.

Ahora fue éste quien se vio impotente para detener la marcha de aquellos puños, que le golpeaban implacablemente.

Alvin se pasó la mano por la cara, apartándose el rojo líquido, pero al momento se sintió empujado hacia atrás y nada galantemente por cierto. Durante unos instantes oyó repiques de campanas y la vista se le llenó de constelaciones multicolores, mas, sacudiendo la cabeza, logró mantener el conocimiento y rodar sobre sí mismo, esquivando a su enemigo que se arrojaba sobre él, con los dos pies encogidos, para dispararlos en el momento en que cayera sobre Alvin.

El golpe le falló a Kharr, que inmediatamente, y a su vez, asido por un tobillo, se vio en el suelo. Dio con el otro pie en las manos de Alvin y éste, exhalando un gemido de dolor, tuvo que soltar a su rival.

Se levantaron ambos al unísono y por el rabillo del ojo el muchacho vio que Joyce alzaba su mano armada, encañonando a Kharr.

—¡No, Joyce! ¡No haga usted eso! ¡Quiero cogerlo vivo y que expíe todos sus crímenes, una vez que sea juzgado en la Tierra!

El ya deformado rostro de Kharr se contrajo todavía más en una mueca sangrienta, que quiso semejar una sonrisa de desafío.

—¡Todavía no me has cogido! Y aunque lo consigas, ¿crees,

pobre imbécil, que podrás salir de Deimos?

—Estoy seguro de ello, Kharr. Si te entregas voluntariamente, quizá consiga benevolencia para ti.

Soltó este una sardónica carcajada, despreciando las palabras de Alvin.

—¿Piensas que me van a embaucar tus frases tan bonitas? ¡Ahora verás…! —Y se abalanzó sobre la mesa, tratando de alcanzar uno de los botones de mando, seguramente, pensó Alvin, el que daría la alarma al resto de los hombres.

Se arrojó éste en prodigioso salto, cogiéndolo por los hombros, pero su antagonista era hombre de hercúlea fuerza y hubiera conseguido sus propósitos, a pesar de los golpes que recibía con una de las manos del agente, que le sujetaba con la otra, de no ser por la intuición de Joyce, que, dándose cuenta de las intenciones de aquel maligno ser, se acercó y le golpeó repetidamente en la mano con el enorme cañón del arma.

Un aullido de dolor se elevó en la estancia al sentir el contacto de la pistola con sus ya castigados nudillos y Kharr, desistiendo de su empresa, lanzó un golpe con uno de sus pies hacia atrás, alcanzando en la rodilla a Alvin y haciéndole aflojar su presión. Luego, estirando su puño derecho, lo dirigió en fulminante golpe a la mandíbula de su oponente.

Pero éste echó la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo, de modo que los efectos del puñetazo llegaron muy atenuados a su mentón. Y luego contraatacó a su vez, dirigiendo un espantoso uno-dos al pecho y estómago de Kharr, quien, contraídas una vez más las facciones por la angustia y el dolor, se dobló sobre sí mismo, sin fuerzas siquiera para gritar.

Aquélla había sido la ocasión tan ardientemente esperada por Alvin en el curso de aquella feroz lucha. Al mismo tiempo que Kharr se vencía hacia adelante, oprimiéndose el vientre con ambas manos, la rodilla del muchacho se alzó con terrible violencia y el rostro del bandido chocó, con espantoso impacto, contra aquel prominente hueso, que le machacó literalmente la cara.

El castigo era ya demasiado fuerte. Toda resistencia humana tiene un límite y la de Kharr, aún a pesar de su excepcional fortaleza física, se derrumbó ante el último ataque, cayendo

completamente desvanecido al suelo, que manchó con la sangre que le brotaba de la nariz y de la ceja partidas.

Alvin se apoyó, en la mesa, jadeando penosamente, en tanto que Joyce se le acercaba solícitamente, tratando de socorrerle. La muchacha observó espantada las señales de la dura lucha en el rostro del joven y asimismo notó que los nudillos de sus manos estaban completamente desollados. Buscó ella algo con que aliviarle y en uno de los cajones de la mesa encontró una botella de licor.

Estaba cerrada y, no teniendo a mano otro medio, Joyce golpeó contra el borde de la mesa el cuello del recipiente. Luego, sin compasión alguna, extrayéndose un pañuelo del traje que llevaba debajo del espacial, lo empapó en el «*whisky*» y mojó las heridas, de Alvin, que gimió al notar el escozor del alcohol.

Sonrió éste, y cuando acabó la muchacha, dijo:

—Me parece que en mi interior no estaría de más otro poco, ¿no le parece?

Luego, dejando la botella sobre la mesa, cogió de la mano a Joyce. La atrajo hacia sí y ella se dio cuenta, pretendiéndose resistir. Pero cuando se sintió rodeada por los fuertes brazos del hombre, exclamó solamente:

—¡Oh, Alvin, Alvin!

Se abandonó a él y cuando ya estaban los labios de los dos jóvenes a punto de unirse, unos fuertes golpes sonaron en la puerta de la habitación, haciendo que se separaran mirándose alarmados.

—¿Quién será, Alvin? —musitó ella, asustadísima, pues durante aquellos instantes había olvidado la apurada situación en que se hallaban.

Antes de contestar miró éste los destrozados restos del televisor y dijo:

—Puedes figurártelo, Joyce. Se habrán dado cuenta de que la pantalla está rota y querrán averiguar lo que pasa.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Qué podernos hacer? —Murmuró él, como un eco, y de repente, como si obedeciera a una inspiración, dijo—: Lo primero, ver cuál de esos botones corresponde a la pared aislante de vidrio. Luego nos pondremos las escafandras. Y si no esto lo primero. No podemos exponernos a que violenten la puerta, con lo que el aire se escaparía instantáneamente y moriríamos en un segundo. Yo

vigilaré mientras te equipas tú.

En cuanto la muchacha se hubo colocado la esfera y comprobado que sus depósitos de oxígeno funcionaban bien, Alvin repasó la suya y comprobó con satisfacción que no había sufrido desperfectos al arrojarla contra la mano de Kharr, que continuaba yaciendo inconsciente en el suelo. Luego, los dos se colocaron detrás de la mesa y él comenzó a oprimir los mandos que había a un lado de la misma. Y en el mismo momento, un grito de ella, a través de la débil potencia de los transmisores, privados de su antena, le hizo levantar la cabeza.

—¡Alvin! ¡Mira! ¡En la puerta!

El joven dirigió su vista hacia donde le indicaba Joyce y advirtió que estaban usando una de aquellas mortíferas pistolas para derribar el obstáculo. De haber sido una roca corriente, ya estaría desintegrada, pero sin duda el metal con que estaba fabricada era muy resistente a los desconocidos rayos y sólo estaba incandescente por el momento, pero era evidente que no podría durar mucho en aquella situación y que en cualquier instante dejaría el paso franco a los asaltantes.

Frenéticamente, Alvin oprimió los botones, suspirando aliviado en el momento en que vio descender la mampara de vidrio en lento movimiento. Y entonces ocurrieron dos cosas.

Una de ellas fue que Joyce tiró de la manga al muchacho, diciéndole alarmada, extrañada:

—¡Una puerta detrás de nosotros, Alvin! ¡Fíjate!

Éste se volvió y vio que, sin duda obedeciendo a los impulsos eléctricos enviados por alguno de los controles, se descorría un trozo de pared, hábilmente disimulado, dejando ver una negra y cuadrada abertura, de incógnito final. Pero en aquel momento, a pesar de las escafandras, un aullido desgarrador llegó hasta los oídos de los dos jóvenes, que giraron sus cabezas en dirección al espantable sonido.

Joyce hubo de hacer tremendos esfuerzos para no gritar ante el horror que estaba presenciando. Y en cuanto a Alvin, se sintió, a pesar de su fortaleza de ánimo, profundamente mareado.

Kharr estaba en el suelo, recuperando el conocimiento. ¡Y había vuelto a la vida, en el preciso instante en que, irremisiblemente, la iba a perder! El muro de vidrio, descendiendo como una Némesis

implacable sobre él, caía hacia su cuerpo, situado atravesadamente, en la línea exacta de unión de la transparente pared con el suelo.

El alarido de pánico, de miedo insuperable ante la espantosa muerte, se elevó con agudísimos trémolos, cortado al instante al extinguirse la vida de aquel ser sanguinario en el más horroroso de los finales, en tanto Joyce apartaba su vista de aquel espeluznante cuadro, pugnando consigo misma para no perder el conocimiento. Alvin se dio cuenta de lo que ocurría y trató de llevársela, pero antes se fijó en algo que yacía esparcido por el suelo y se inclinó, recogiendo apresuradamente un montón de papeles que dobló de cualquier manera y se metió en uno de los bolsillos de las perneras del traje espacial.

Luego hurgó en los cajones de la mesa con el frenesí de quien tiene demasiada prisa, hasta que halló lo que deseaba, y exclamó:

—¡Vámonos de aquí, Joyce! ¡Este lugar no es bueno para nosotros!

A tiempo lo hicieron porque justamente en el momento en que volvían la espalda, Vanadda, Ponietzki y unos cuantos esbirros más, saltando a través de la desintegrada puerta, se dieron cuenta de la evasión de la pareja y comenzaron a usar sus demoledoras armas, derritiendo el vidrio, en el instante justo en que el mamparo de acero se deslizaba sobre sus cojinetes, cerrándose detrás de Alvin y Joyce, que echaron a correr por aquel obscuro túnel, alumbrándose con la antorcha eléctrica que él había tenido la precaución de tomar antes. Pero no habrían recorrido cien metros escasamente, cuando una voz gritó:

—¿Quién va? La contraseña o disparo.

CAPÍTULO IX

Todavía no se habían extinguido los ecos de las palabras del centinela en el angosto corredor, angosto en comparación con el amplísimo que vieran ambos por primera vez a su llegada al asteroide, cuando ya Alvin había apagado la lámpara, quedando todo sumido en la más absoluta obscuridad. Cogió por una mano a Joyce, sin decir nada, en profundo silencio, y los dos se aplastaron contra la rocosa pared, en fútil intento de pasar desapercibidos.

No obstante, su maniobra fue estéril. El centinela, alarmado ante la falta de contestación a su alto, debió manejar el interruptor y una catarata de luz inundó el túnel, haciendo parpadear, deslumbrados, a los dos. Y a la luz siguió el ruido de una detonación, indicadora de que el soldado había obrado de acuerdo con las instrucciones que recibiera.

Pero si el centinela había sido rápido en disparar, más rápido en obrar fue Alvin, que, todavía semicegado por el fogonazo de las numerosas lámparas al encenderse simultáneamente, gritó, uniendo la acción a las palabras, tirando de la mano de la muchacha:

—¡Al suelo, Joyce! ¡Vivo o…!

El resto de la frase se perdió en el fragor de la detonación multiplicada por sus propios ecos, y Alvin se felicitó de dos cosas: una, de haber obrado tan aceleradamente, puesto que la bala dio en el lugar que ellos hablan ocupado una décima de segundo antes, y otra de que el centinela estuviera armado con un anticuado rifle o pistola de pólvora, lo que le dio la idea que aquellas armas desintegrantes, de las cuales él tenía una muestra eficacísima en la mano, no debían ser muy numerosas o, en todo caso, para ser usadas únicamente por personas de la más estricta confianza de una persona que ya no existía: Kharr.

Desde el suelo, divisó Alvin la silueta del centinela a medio centenar de metros de distancia y asimismo percibió con toda

claridad el chispazo de su segundo disparo, la detonación y el choque de los minúsculos fragmentos de roca levantados por el impacto del proyectil unos cuantos pasos delante de él, contra su escafandra que, no obstante, resistió magníficamente el choque de las partículas rocosa. Pero el centinela no tuvo ocasión de repetir la suerte, porque la pistola de Alvin entró en acción, dejando a éste atónito ante sus terribles efectos, a pesar de que ya los conocía por la demostración que hiciera Ponietzki.

Disparó Keats y un rayo de sol, un rayo de luz azulada de puro blanca chasqueó como un latigazo en la atmósfera del túnel. La línea recta apareció durante una infinitesimal fracción de segundo, encaminándose derechamente al cuerpo del centinela, que no tuvo ni tiempo de gritar, porque apenas había oprimido Alvin el disparador cuando aquel cuerpo humano se transformó en una masa rojiza, ardiente, como una estatua de hierro en fusión, y luego, degradándose por todos los colores de la gama, desapareció en una nube obscura, tras la que, al disiparse, no quedó nada. Absolutamente nada.

—¡Es espantoso, Alvin! ¡Qué arma tan horrorosa! —exclamó espantada Joyce.

—¡Vamos, Joyce! —apremió—. Tienes razón: es un arma de horrorosos efectos, pero has de tener en cuenta que se trataba de él o de nosotros. Corramos, que por ahí debe haber alguna salida.

La escasa potencia de la fuerza gravitatoria de Deimos facilitó su huida y en pocos momentos estuvieron al final del túnel, ante una puerta metálica, al lado de la cual había numerosos botones, indicadores de los mandos de transmisión de órdenes, televisores y otros controles. Mas Alvin no estaba por andar hurgando en aquellas pequeñas palanquitas. Temió, desconociéndolas, desencadenar alguna fuerza misteriosa y retrocedió unos cuantos pasos, llevándose consigo a Joyce, diciéndola:

—¡Cógete firmemente a mi mano!

Lo hizo así ella y en el mismo instante, Alvin levantó la suya armada, enfocando hacia la puerta y manteniendo el dedo en el disparador.

De nuevo apareció aquel misterioso rayo saliendo del cañón del arma, chocando contra el metal, poniéndolo tras algunas descargas, al rojo vivo. Pasó al rojo blanco, de una blancura deslumbradora

que hizo entrecerrar los ojos a ambos y luego súbitamente, goteando, comenzó a fundirse.

Éste era el momento que había temido Alvin y por ello se tendió en el suelo nuevamente, arrastrando a Joyce consigo. Oportunamente lo hicieron, pues apenas apareció un boquete en la puerta, cuando el aire del túnel se escapó, atraído por el vacío atmosférico del exterior, rugiendo como un huracán.

La cosa fue breve, sí que impresionante. Durante el escasísimo tiempo que duró la fuga del aire, Alvin y Joyce se sintieron arrastrados envueltos en la atronadora masa gaseosa y el muchacho se las vio y se las deseó para no ir a parar contra la todavía incandescente puerta, otro de sus temores. Pero el aire del corredor desapareció burbujeante, en poquísimos segundos, casi antes de que se dieran cuenta y Alvin se levantó y comenzó a disparar de nuevo para ensanchar el boquete.

Dos minutos después estaban en el exterior y apenas pasearon su mirada por el panorama que les rodeaba, cuando sus ojos se abrieron desmesuradamente y sus bocas, inevitablemente, a causa del infinito asombro que sentían, emitieron diversas exclamaciones que daban pálida idea de cuánto estaban viendo.

Se hallaban en el costado, en la parte del fondo de un grandioso cráter, boca apagada de algún remotísimo volcán, cuyas paredes, casi perpendiculares, ascendían a plomo hasta una altura de unos trescientos metros formando una circunferencia de unos dos kilómetros de longitud por unos seiscientos metros de anchura media. Pero lo más notable no era el cráter, ni siquiera sus escarpadas paredes, las cuales, a simple vista, daban la impresión de ser una cárcel de imposible evasión, sino la serie de extraños aparatos que había en aquella hondonada, en aquel amplísimo embudo, restos de convulsiones geológicas que debieron tener lugar en el principio de los tiempos.

Lo más notable de todo eran aquellos proyectiles cohete. Aquellos afilados husos, encarados verticalmente hacia las estrellas, brillantes, plateados, refulgiendo a la luz que les llegaba de una distancia doble de la Tierra al Sol, con cegadores destellos.

Pero lo que más asombró a Alvin y a Joyce no fue su número, pues había unas veinticinco, sino su relativa pequeñez, en comparación con la pesada aeronave que los había traído hasta allí.

Y así como ésta medía más de cien metros de longitud, las que allí había silenciosas, inmóviles, como una amenaza latente contra la Colonia, apenas alcanzaban la cuarta parte, lo cual dio una idea a Alvin de su aterradora potencia al mismo tiempo que de la espantosísima velocidad que debían alcanzar al régimen máximo de sus motores nucleares.

Pero algo los sacó de la abstracción y del estupor en que los había sumido la contemplación de aquel disimulado astropuerto. Algo que los hizo volver a la realidad, diciéndoles que se hallaban en territorio enemigo y que si eran cogidos vivos, no durarían en tal situación mucho tiempo.

—¡Corramos allá, Joyce! —gritó éste, arrastrándola consigo y refugiándose tras un pequeño amontonamiento de rocas, contra el cual se estrellaron una docena de proyectiles en rapidísima sucesión, despidiendo violentamente una serie de trozos de roca que volaron por el espacio amenazadoramente.

—Hemos de tener mucho cuidado, Joyce —dijo él, quedamente, contactando su casco con el de la muchacha—. Un pedazo de piedra que nos alcanzara y nos rasgase el traje, sería fatal para nosotros, aun cuando no nos lesionase. Moriríamos inmediatamente por falta de aire y helados en el acto.

Asintió ella y Alvin, arriesgándose a todo, asomó la cabeza, procurando descubrir al tirador. Sin duda la noticia de la muerte de Kharr, la del centinela y su subsiguiente evasión serían ya del dominio de todos los habitantes de Deimos, confabulados o pagados para la destrucción de la Colonia, propagadas dichas noticias por los transmisores individuales de cada escafandra. Pero Alvin no vio nada y el tirador, cautamente, permaneció en silencio.

Sin embargo, cuando todavía estaba oteando el horizonte, tratando de descubrir al otro centinela, un grito de Joyce le hizo girar en redondo y obrar con decisión, con fulmínea rapidez.

Un grupo de soldados salía por la fundida boca del túnel y que daba acceso a aquella hondonada circular, comenzando a dispersarse para la búsqueda de los dos audaces evadidos, no viéndolos de momento, semiocultos por el montón de rocas. Sin embargo, Alvin decidió no perder segundo alguno.

Apoyó la armada mano en el antebrazo izquierdo, para afinar la puntería. Luego oprimió el disparador incesantemente y un chorro

de líneas blancuzcas, brillantes, salió del arma, que giró horizontalmente, en mortífero y disolvente abanico.

Antes de que los sorprendidos soldados tuvieran tiempo de reaccionar, ya se estaban convirtiendo en masas, informes, de las que se desprendía negro humo que desaparecía casi al instante en el vacío sideral que envolvía al satélite.

La escena de horror transcurrió casi antes de que Joyce tuviera tiempo de darse cuenta de lo ocurrido y cuando Alvin concluyó, el más absoluto silencio envolvió a ambos, en tanto que la muchacha sollozaba, sin tener otro recurso que cerrar sus hermosos ojos, ya que no podía llevarse sus manos a ellos, por impedírselo la cúpula transparente individual de su traje sidéreo.

Alvin reaccionó casi al instante, exclamando:

—¡Vayámonos de aquí, Joyce! Intentaremos capturar una de esas espacionaves y marcharnos de Deimos.

—¿Cómo nos las arreglaremos para conducir una de ellas, Alvin? —Dijo la muchacha—. Yo no tengo la menor idea de ello.

—Tampoco yo —confesó francamente él—, pero vi alguna de las maniobras que hacía Gregg en nuestro viaje y creo que el manejo de un trasto de éstos no ha de ser muy diferente.

Ella le sonrió a través de las lágrimas que todavía le duraban:

—¡Eres un optimista, Alvin!

—Gracias —le correspondió él, oprimiéndole suavemente la mano—, pero si me dejo arrastrar por el desaliento, no tendré otro remedio que alzar bandera blanca. Y ya sabes lo que eso puede significar para los dos.

Pero en el momento en que se disponían a incorporarse, Alvin se quedó quieto, rígido, mirando un punto a su derecha, fuera del grupo de rocas tras el cual se habían refugiado. ¡Y tanto él como Joyce vieron con toda claridad una sombra que avanzaba precavidamente, indicando que tras aquella sombra avanzaba un cuerpo humano, armado, a juzgar por el dibujo que hacía en el suelo al interceptar los débiles rayos solares!

El tirador que viera primeramente a la pareja y que disparara su rifle contra ellos, se estaba acercando despacio, tratando de sorprenderlos, para ser el primero en usar su arma con probabilidades de éxito, ya que había visto desde su observatorio la trágica suerte que habían corrido sus compañeros de armas y no

quería desaparecer convertido en una nube de humo obscuro. Alvin, cogiendo de la mano a la muchacha, echó a andar hacia el lado opuesto, para dar la vuelta al grupo de piedras y coger así al centinela, ya que al verle se le había ocurrido una idea que podía coadyuvar poderosamente a su salvación.

El hombre dio la vuelta a las rocas y suspiró ciertamente aliviado, al menos por el momento, al ver que sus oponentes habían desaparecido, puesto que en cualquier instante había esperado sentir en sus carnes los mortíferos efectos de la pistola radiante. Quiso seguir su camino, mas apenas había dado otro paso, cuando se detuvo, inmóvil, convertido súbitamente en piedra, dejando caer el arma que en otro lugar provisto de atmósfera hubiera dejado oír su metálico choque contra el suelo irregular y que allí, en Deimos, cayó en el mayor silencio. Después, con una tremenda expresión de pánico en su rostro, alzó lentamente las manos.

—¡Joyce! —Dijo Alvin, en tanto oprimía firmemente la espalda del centinela de las espacionaves con su pistola desintegradora, que proseguía sin hacer el menor movimiento—. Coja ese rifle y mire a ver si este tipo lleva otra arma encima.

Lo hizo así la muchacha, contestando negativamente al cabo de unos momentos, y entonces Alvin se colocó delante del soldado, interrogándolo:

—¿Cómo te llamas y qué haces en Deimos?

Todavía con las manos en alto, el interpelado replicó:

—Warren, Joe Warren. Pertenezco al Ejército Sideral de Kharr.

Se echó a reír Alvin al escuchar la pomposa frase de su prisionero, diciéndole:

—El Ejército Sideral que dices puede que exista aún, pero Kharr se acabó, amiguito.

—¡No es posible! —Exclamó éste en el colmo de la sorpresa—. ¿Ha muerto? —inquirió.

—Sí. Y yo fui la causa de su muerte, aunque no lo hiciera directamente.

Pero entonces Warren, el prisionero, soltó unas palabras que hicieron enmudecer, por el momento, de estupefacción, a Alvin y a Joyce:

—¡Menos mal! ¡Uf! ¡Qué peso se me quita de encima! ¿Puedo bajar las manos?

La pareja se miró extrañada, sin comprender lo que decía su cautivo, en cuyo rostro se veían las señales de un notable alivio. Al fin, el agente, recobrando el habla, preguntó:

—¿Qué mil diablos le pasa, Warren, para alegrarse de la desaparición de Kharr? Baje las manos, pero no olvide que lo tengo encañonado.

—De acuerdo —respondió éste—. No pase el menor cuidado, sea quien sea. Si ha eliminado usted a Kharr, merece mis mayores elogios.

—Pues hace unos instantes, lo menos que merecíamos de usted, era unos cuantos balazos —ironizó Alvin, haciendo que el otro se sonrojara.

—Tiene usted razón, pero no sabía que Kharr había muerto —se explicó—. Estaba cumpliendo con lo que podemos decir era mi obligación. Pero esta obligación me ataba a Kharr en tanto viviera éste. Muerto ya, soy libre y no quiero continuar al servicio de su sucesor.

—¿Cómo le alistó, pues, ese hombre? —preguntó Alvin.

—Como a muchos de aquí. Chantaje. Otros por el oro. Uno tiene sus pecadillos en la Tierra y… bueno, no tuve otro remedio que acceder a sus proposiciones.

Alvin meditó durante unos momentos. Si lo que decía Warren era verdad, podía constituir un valioso auxiliar para ellos. De modo que tras unos segundos de silencio, se dirigió a él nuevamente:

—Escuche, Warren. Sus… «pecadillos», como usted los llama, ¿están manchados de rojo?

El hombre pareció ofenderse al oír las palabras de Alvin:

—¡Cielos! ¡No! —contestó rápidamente—. Contrabando, y cuando los guardacostas apretaban, el entrar en las casas sin permiso de sus dueños, era lo que yo hacía corrientemente.

—¿Cómo pudo, pues, alistarse, con tan poca cosa sobre su conciencia, con un asesino como Kharr?

—¡Cómo se conoce que usted no ha tenido a los agentes de la represión del fraude tras sus pasos, amigo! Si me cogieran me valdría un buen montón de años.

—Bien, pero no me ha contestado usted a mí pregunta, Warren.

—El caso es que… —Fue éste a rascarse la cabeza, pero se vio interrumpido por la esfera transparente y de nuevo volvió a reír—:

No me había dado cuenta. Bueno, a lo que íbamos. Este Kharr, no sé su nombre verdadero, porque a nadie lo ha dicho, fue alistándonos para una misión científica en los espacios interplanetarios. Investigaciones y cosas así, dijo. El caso es que con el tiempo nos fuimos enterando de lo que tramaba, y cuando quisimos volvernos atrás era tarde. Compréndalo. Claro es que hay muchos de su raza que han venido por idealismo. Y otros sin tantas ideas en la cabeza, sólo han pensado en hacerse ricos con la paga que nos ofrecían.

Las palabras de Warren dieron luz al cerebro de Alvin, que estaba buscando hacía tiempo la solución para salir del atolladero en que se habían metido y dijo a Warren:

—Oiga. Si le prometo yo que, caso de volver a la Tierra, sus penas serían considerablemente atenuadas, ¿nos ayudaría a salir de aquí?

Se abrieron desmesuradamente los ojos de Warren al escuchar la proposición de Alvin, y contestó inmediatamente:

—¡Claro que sí, amigo! ¡Con mil amores! Pero ¿quién es usted? ¿Acaso el propio Secretario de Justicia de la Federación?

—No tanto como eso, pero, vaya, digamos amigo suyo.

—Pues tiene usted unas amistades que da gusto. ¿Qué es lo que hay que hacer?

—¿Sabe usted pilotar uno de estos trastos, Warren? —preguntó a su vez Alvin.

—Claro que sí, compadre. Si es la cosa más fácil del mundo.

—Vamos allá. Estamos perdiendo aquí demasiado tiempo y en cualquier momento pueden aparecer esos tipos.

—No lo harán —sugirió Warren, en tanto caminaban hacia el primer espaciocohete—. Estarán dando vueltas a la montaña, pues saben que asomar la nariz por ese túnel tiene pena de muerte. ¡Caray! ¡Vaya puntería que tiene usted con esta pistolita, amigo! Si me descuido, a estas horas no soy ya ni humo.

En dos zancadas, los tres se colocaron al pie de la astronave y Joyce fue la primera en ascender, en tanto Alvin le preguntaba:

—¿Cómo es que estos aparatos son tan pequeños, Warren?

—Son de cuatro plazas nada más, destinados únicamente al combate —le aclaró, y en aquel momento una bala levantó una serie de piedras del suelo, en tanto que allá arriba, en la cresta del anfiteatro se veían varias siluetas, de las cuales salían chispazos que

indicaban los disparos que estaban haciendo. Alvin quiso levantar su pistola y responderles, pero Warren le detuvo diciéndole:

—¡No! ¡Perdería usted el tiempo! No alcanzan más que unos doscientos metros. ¡Subamos! ¡Pronto!

Alvin obedeció prudentemente, en tanto que a su alrededor se estrellaban los proyectiles, pero la distancia era corta y en pocos instantes, la puerta del aparato se cerró tras ellos. Luego, Warren, su circunstancial aliado, dijo:

—¡Sujétense bien a los sillones antichoque! ¡De prisa! Si bajan con una de esas pistolitas, nos harán polvo en un segundo.

Obedecieron Alvin y Joyce en seguida, y apenas lo habían hecho, cuando sintieron la bárbara opresión de las correas en sus pechos y muslos, así como el hundimiento de sus cuerpos en el acolchado de los sillones. Y la aeronave se elevó con fulmínea rapidez, dejando tras sí un rastro de llamas cada vez menores, adquiriendo una espantosa velocidad en poquísimos momentos.

CAPÍTULO X

—¿De qué están cargadas estas pistolas? —preguntó Alvin, una vez habituados ya a la aceleración del cohete, notó que le desaparecía la opresión del pecho.

—No lo sé —respondió Warren, atento a la conducción de la astronave—. Creo que es algo de electricidad de elevadísimo voltaje, dirigida por ondas de radio, pero Kharr no solía ser muy explícito con sus cosas. Por cierto que me he olvidado de preguntárselo, jefe —ya Warren daba a Alvin el tratamiento adecuado—: ¿Adónde nos dirigimos?

—A Deimos de nuevo —contestó éste.

—¿A Deimos? —preguntó sorprendido Warren.

—¿A Deimos? —repitió, no menos asombrada, Joyce.

—Sí. Pero no descenderemos allí. Oiga, Warren, ¿qué clase de armamento llevan estos aparatos?

Se iluminó el rostro de éste, comprendiendo:

—De acuerdo, jefe. Ya me imagino sus intenciones. Sí, llevamos un par de lanzarrayos instalados en la proa del aparato, de potencia infinitamente superior a la de las pistolas. Prácticamente, tienen un alcance ilimitado.

—Está bien, Warren. Vire en redondo y ponga proa al cráter donde está el grupo de astronaves. Si no las destruimos desde aquí, nuestra fuga habrá sido inútil. Conecte el televisor y aproxime la escena todo lo que sea posible.

—O. K. —Replicó sencillamente Warren, maniobrando con el aparato y haciendo que éste, a velocidades vertiginosas, describiera una enorme curva en el cielo, y a pesar de su gran radio no pudieron evitar sentir los esfuerzos de la fuerza centrífuga y como la vuelta fue sobre el eje vertical, la sangre huyó durante unos instantes de los cerebros de los tres ocupantes de la nave, hasta que ésta recobró su posición normal, encaminándose rapidísimamente al

encuentro de Deimos, que aumentaba a cada momento de tamaño.

Warren manipuló en el mando del telescopiovisor y tras algunos movimientos de tanteo, la imagen del astropuerto apareció claramente en la circular pantalla, detallando todo maravillosamente, dejando ver numerosos grupos de los secuaces de Kharr, que corrían hacia los aparatos, sin duda alguna con el deseo de ponerlos en marcha y vengar la muerte de su jefe, así como evitar el descubrimiento de aquella base secreta, ya a punto de lanzarse a la conquista de la Colonia Terrestre en el IV Planeta.

Pero cuando se dirigían hacia abajo, descendiendo completamente en marcha vertical, una luz parpadeó en el tablero de mandos y Warren conectó el televisor de transmisión. El conocido rostro de Ponietzki apareció en el deslustrado vidrio, y amenazó:

—¡Entregaos, si no queréis que mi flotilla os destruya en un instante! Ahora soy yo el jefe y no voy a ser tan estúpido como Kharr.

—¡Ven por nosotros si te atreves! —Dijo Alvin, desafiándole, y luego cerró la conexión, inquiriendo—: ¿Dónde está el control de los tubos lanzarrayos, Warren?

—Lo tiene usted al alcance de sus manos. Son esos dos botones de color rojo.

—Gracias —replicó Alvin, pero en aquel momento sintió una voz que le decía:

—¡Suelte eso! ¡Y no haga el menor movimiento, o le abraso! Creía que me iba a entregar como un incauto corderillo, ¿verdad Keats? —Y la mano de Warren sostenía firmemente una pistola radiante, sacada sin duda de algún departamento del cuadro de mandos y cuya existencia ignoraba la sorprendida pareja—. Es usted muy listo y muy valiente, Keats, hay que reconocerlo —continuó el traidor—, pero hay quien le gana. Y yo no tengo ganas de volver a la Tierra y que me encierren durante un montón de años. Ya los conozco a ustedes y sé lo que dan de sí. Igual me prometieron en otra ocasión y, ¿sabe lo que me pasó? Diez años que me pidió el fiscal, diez años que me aplicó el juez y que me tiré tras unas rejas. No, mi incauto amigo, nada de eso. Usted no me entregará a mí. Yo seré quien lo haga y esto me valdrá, además de un montón de oro, un buen ascenso en el Ejército Sideral de Kharr.

—Kharr ya no existe —dijo, sin pestañear Alvin, notando que la mano de Joyce le tocaba su costado derecho.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa? —Contestó Warren con dura sonrisa—: Kharr, Ponietzki o quien quiera que mande. Es lo mismo. Ahora me voy a poner en contacto con él y le diré que los tengo prisioneros. Ya verá qué manera de felicitarme, Keats. ¿Cree que no sabía su nombre desde el primer momento? —Y la mano izquierda de Warren empezó a tantear el tablero de mandos, buscando la conexión del transmisor.

Como estaba mirando a Keats, no lo encontró al primer intento y durante una fracción de segundo desvió su vista. Alvin pensó que de no estar atado al sillón, quizá hubiera podido lanzar su puño con probabilidades de éxito, pero no hubiera podido darle más que un golpe leve, que provocase quizá una inesperada reacción de Warren, haciéndole apretar el gatillo. Pero si Alvin tuvo que permanecer quieto, Joyce, que estaba a su derecha, sacó bruscamente su mano, armada con la pistola que el agente se había metido en el bolsillo del costado del traje especial, y obró rápidamente.

Cuando Warren se dio cuenta y quiso reaccionar era ya tarde. Intentó utilizar su pistola, pero Alvin, obrando como si telepáticamente se hubiera puesto de acuerdo con Joyce, levantó el brazo del malvado, separándolo al instante, en tanto que delante de su pecho, produciéndole una sensación de intenso calor, pasaba un rayo de millares de voltios que redujo a cenizas en contados instantes a Warren.

La nube de humo que quedó a continuación flotó un instante en el aire del interior de la cabina, disipándose lentamente. Alvin sujetó por el brazo a la muchacha, que se mordía los labios para no prorrumpir en un estallido de histerismo y le dijo:

—¡Joyce, Joyce! ¡Por favor, cálmate! ¡Ten tranquilidad!

—¡Oh, Alvin! ¡Ha sido tan horroroso! Pensar que hace sólo unos segundos estaba aquí delante, hablando, y ahora…

—Bien, pero eso no debe preocuparte. Se trataba de su vida o la nuestra y has obrado en la única forma que debías hacerlo, Joyce.

—Sssí… —tartamudeó la muchacha, todavía emocionadísima—. Sssí… si tú… lo dices… Alvin…

—Bien —dijo éste—. Henos de nuevo en un atolladero. Pero o mucho me engaño o este trasto no es tan difícil de manejar como

parece. Vas a ver lo que es bueno, Joyce.

A través del telescopiovisor, podía divisarse la muchedumbre que estaba encaramándose en los cohetes. Algunos de ellos ya debían estar listos, puesto que por sus toberas se empezaban a escapar las primeras llamas de los gases en combustión que los impulsaría a los espacios sidéreos. Pero Alvin no se entretuvo en contemplaciones: oprimió, uno tras otro, los botones de los lanzarrayos y dos líneas de fulgurante blancura salieron del morro de la astronave, alcanzando el fondo del cráter.

Uno, dos, tres, cuatro aparatos desaparecieron entre espantosas llamaradas al ser alcanzados de lleno por los mortíferos rayos, y la gente que estaba en sus alrededores y que había salido ilesa, comenzó a dispersarse, huyendo de la terrible amenaza.

Alvin, como buen policía era observador en extremo, y se había fijado en todas y cada una de las maniobras que hizo Warren con el cohete.

Una astronave que se elevaba y que estaba ya a unos cuantos centenares de metros del fondo de la hondonada, fue alcanzada de refilón por uno de los rayos que lanzaba incesantemente Alvin. De haberle dado de lleno hubiera estallado instantáneamente. Pero sólo le alcanzó, en levísima rozadura, en la tobera principal, de la que salían ríos de incandescentes llamas.

Así y todo fue suficiente. Si el metal de que estaban construidos los artefactos resistía suficientemente los millares de grados de la espantosa temperatura que desarrollaban los gases de combustión, no estaba fabricado para resistir a los rayos desintegradores, y aquel que le rozó, fundió la salida de gases, taponándola al instante.

Su piloto debió darse cuenta de lo que ocurría, porque los cortó en el mismo momento, pero le falló, claro está, la propulsión. Y el aparato cayó a plomo a cientos de metros más abajo.

Primeramente dio en otra aeronave, deshaciéndola con el terrible choque. Luego cayó al suelo el primero, rebotando y alcanzando a una tercera, y finalmente hizo explosión, una explosión causada por los gases demasiado tiempo contenidos y que se juntó con la de los otros dos aparatos, que desaparecieron en una vivísima serie de deslumbrantes relámpagos.

De nuevo aparecieron en las bocas de los tubos los resplandores de los rayos. Pero en aquel momento, el agente se dio cuenta, por

un inesperado movimiento que hizo, que los tubos eran móviles y podían girar, aunque en pequeño ángulo, en todas direcciones. Así, pues, en tanto continuaba con el contacto dado, movió, fija la vista en la pantalla, la pequeña palanca que hacía girar los proyectores, barriendo todo el fondo del cráter, del que salieron, en ininterrumpida sucesión, un grupo de gigantescos fogonazos, que indicaban el fin de otros tantos aparatos espaciales.

Cortó un momento Alvin el contacto, para observar mejor y vio que el fondo rocoso aparecía constelado de enormes hoyos. Sin duda los rayos eléctricos hacían estallar los potentísimos motores de las astronaves y la deflagración de los gases había provocado las explosiones que habían removido atrozmente el suelo. Pero en el mismo instante, cuando veía que los escasos supervivientes corrían aterrados, hacia la boca del pequeño túnel por el que ambos se habían escapado, observó que todavía quedaba una aeronave útil y que ascendía raudamente hacia el cielo.

La lamparita del transmisor titiló unos instantes y Alvin dio el contacto. Apareció en ella el rostro del traidor Vanadda:

—¡Buena tarea, Keats! —dijo, sonriendo como de costumbre—. Vamos a ver si ahora eres capaz de esquivarnos. ¿Qué opinas, Ponietzki?

El rostro del aludido apareció en la pantalla al apartar a un lado a Vanadda:

—Vas a pagar de una vez todo lo que nos has hecho, Keats —juró—. Y no nos digas que te entregas, porque ni aun así te tendremos compasión.

—¡Basta! —Dijo Alvin—. Si queréis algo de mí, ya sabéis dónde me tenéis. Pero entretanto, procurad escapar a lo que os mando —y en el mismo momento, las yemas de sus dedos oprimieron los botones rojos, y por enésima vez dos rayos de luz salieron de la proa de la astronave.

Vanadda pilotaba el aparato rival y adivinó la maniobra del agente. Quiso esquivar desesperadamente los rayos y lo consiguió, haciendo que éstos pasaran a unas decenas de metros de la proa. Pero cuando se dio cuenta de lo que había hecho con su maniobra gritó enloquecido.

El alarido de Vanadda llegó claramente hasta los oídos de Alvin y de Joyce, ya que estaba todavía conectado el intercomunicador. Y

sus ojos observaron con espanto el horroroso fin de aquella pareja de traidores, castigados por sí mismos involuntariamente.

Al huir de los disparos de los cañones radiantes de la aeronave que tripulaba Keats, Vanadda había hecho una maniobra suicida, un viraje cerradísimo, encaminándose en derechura contra la pared de farallones del cráter, y cuando se dio cuenta y quiso rectificar su trágico camino era ya tarde. El aparato había descendido hasta rozar casi el suelo y Vanadda maniobró en los controles para sacarlo de aquel picado mortal, a varias decenas de kilómetros por segundo, pero no lo logró.

El cohete rozó con su vientre el fondo rocoso, rebotando, dejando tras sí fragmentos de su estructura. Se elevó, a causa del choque, a más de cien metros de altura, cayendo a continuación, bien que impulsado por sus motores nucleares, que todavía continuaban funcionando y luego se estrelló contra el rocoso muro vertical, del que salió una llamarada enorme, que desapareció casi al instante, para continuar en una serie de explosiones mucho más reducidas que concluyeron de consumir todo lo que quedaba del aparato.

Hubo unos momentos de silencio, en tanto Alvin y Joyce contemplaban, a través de la pantalla el espeluznante espectáculo, y al fin con un suspiro, dijo aquél:

—Y ahora a Marte, Joyce. Tengo que concluir mi tarea.

* * *

—Señor, llega un aparato de especie desconocida —llamó la voz por el televisor del despacho del general.

—¿No es ninguna de las que esperamos? —pregunto, inquieto, Vauxhall.

—No, señor. Es mucho más pequeña. Nunca hemos visto ninguna de esa clase.

—Está bien. Dé la alerta general y que todo el mundo ocupe los puestos previstos de defensa.

—A la orden, señor —le contestó el comunicante, y el general se encaminó hacia sus habitaciones para ponerse el traje de presión, con el objeto de salir al exterior para ver la desconocida nave sideral que se acercaba a la Colonia, y que, a simple vista, podía apreciarse reducía su marcha, con el objeto de tomar tierra en el

lugar que le indicaban desde la torre faro.

Pero cuando, asombrados todos al ver que del minúsculo aparato no descendían más que dos personas, se reunieron posteriormente en el despacho del general, con Alvin y Joyce, y aquél hubo explicado la serie de aventuras porque habían pasado, no faltó quien le preguntase, ya que el agente no había descubierto todavía su personalidad, solamente conocida de Vauxhall y de Monroe:

—Entonces, ¿qué diablos hacía usted a bordo de la aeronave secuestrada, Keats?

—Soy el comisionado del Gobierno para investigar los crímenes sucedidos en la Colonia y detener al culpable —dijo el interpelado.

—¡Bah! —Le contestaron desdeñosamente—. Perderá usted el tiempo. Antes de que se entere de todo, el criminal habrá hecho una serie de muertes más, eso si no nos vuela todas las edificaciones como ya hizo en una ocasión.

—Se equivoca usted —contestó sonriendo ligerísimamente Alvin—. Sé quién es el culpable y voy a proceder a su detención inmediatamente. Y añadiré que está en esta habitación.

Las palabras del agente causaron enorme sensación en todos los presentes, los cuales eran los personajes más importantes de la Colonia, sensación de la que no consiguió evadirse ni la misma Joyce. El general dijo, con tono compasivo:

—Parece usted muy listo, Alvin. ¿Quién es el asesino misterioso?

—¡Usted mismo, general! ¡Usted es el autor de todas las muertes que han ocurrido en la Colonia! ¡Usted es el autor de la voladura del almacén en el que murieron tantos hombres! Lo lamento por usted, pero debo detenerlo, general. Coronel Monroe, deberá hacerse cargo del mando de la base.

Un instante de silencio, un silencio pesadísimo siguió a las asombrosas palabras de Alvin, y luego el acusado estalló violentísimamente:

—¿Se da usted cuenta de lo que dice, Keats? ¿Cree usted que todos estos señores van a tragarse esa sarta inmunda de mentiras? Me ha ofendido usted gravísimamente y deberé tomar, como jefe de esta Colonia, severas medidas contra usted, Keats. Se ha pasado de la raya y eso no se lo puedo tolerar —resopló el general, como tomando aliento y volvió a vociferar—: ¡Monroe! ¡Detenga a ese

hombre y enciérrelo! ¡Lo enviaré a la Tierra acusado de injurias graves y…!

—¿Qué más, general? —le interrumpió irónicamente Alvin, en tanto que el atónito Monroe, como el resto de los demás, contemplaban alternativamente a uno y a otro, sin decidirse a intervenir.

—¡Monroe! ¿Me oye usted? —volvió a aullar el general—. ¿Qué hace ahí sentado? ¡Deténgalo!

El coronel fue a levantarse, pero Alvin le cortó la acción con un simple gesto:

—No se moleste, Monroe —y luego se dirigió al general—. Usted asesinó a Globbs porque le propuso unirse a usted y él le rechazó. Aunque le prometió silencio, usted no estaba seguro de ello y por eso prefirió hacerlo callar para siempre. Tillings también era una molestia para usted porque había presenciado el accidente del ascensor y temía que Globbs le hubiera dicho algo. En cuanto a las restantes muertes, no eran más que parte de su plan para sembrar el terror en la Colonia y hacer así más factible su ocupación por el llamado Kharr, que no era otro que la cabeza visible de la Unión Euroriental, que desea venir aquí, pero que no puede hacerlo por habernos anticipado nosotros y que, en virtud del Primer Tratado que regula las conquistas de los planetas, no puede ocupar éste por haberlo hecho ya otra potencia, como es la Federación de Estados Occidentales. Sólo si lo abandonásemos nosotros, podría legalmente instalarse aquí, pero ¿cuál era el modo de hacerlo con más facilidad? Aterrorizando a la gente con unos cuantos asesinatos y voladuras. Los occidentales nos anticipamos con la Luna y Marte. Son, con Venus, el cual está todavía en estudio, los astros más cercanos a la Tierra y los más fáciles de ocupar y explotar. Y usted, general —Alvin lo señaló acusadoramente con el dedo— se vendió a los enemigos. ¿Por interés propio? ¿Por conseguir una mayor independencia en el mando de la Colonia? ¿Por el oro? Es igual. No le importó traicionar a su patria y matar unos cuantos hombres que eran completamente inocentes. Sólo quería su ambición, su medro personal… o el oro, que eso ya lo sabremos más adelante y ahora no nos importa tanto.

—¿Ha terminado ya su colección de fábulas, Keats? —preguntó Vauxhall impertérrito—. ¿Cómo podría probar todos esos embustes?

Sonrió nuevamente Alvin, al extraer una serie de documentos del bolsillo de su traje espacial, del que únicamente se había quitado la escafandra.

—Era usted muy locuaz. Demasiado locuaz quizá, general. Comunicaba a Kharr todo lo que ocurría aquí, hasta el menor detalle y por su parte, Kharr, que entre paréntesis, todo hay que decirlo, ha muerto, no dejaba de anotar minuciosamente todo lo que usted le decía. Éstas son las pruebas que le condenarán general —y dicho esto, Alvin, se volvió hacia Monroe—. Estoy seguro de que si registran bien la habitación del general, hallarán hábilmente disimulado un transmisor que no tiene que existir. Así supo de mi nombramiento antes que nadie y así envió un asesino a atacarme en Nueva York. Pero también este golpe le falló, general. ¡Quieto, deténgase! —exclamó Alvin, echando mano a su pistola, pero Vauxhall, comprendiendo que ya no tenía ninguna escapatoria posible había echado a correr, cerrando tras sí la puerta, contra la que se echaron todos, antes de que el joven reaccionase, comprendiendo sus intenciones.

—¡No podemos abrirla desde aquí! ¡Habrá inutilizado el mecanismo de cierre! —dijo Monroe.

—No se preocupe, coronel. ¡Échense todos hacia atrás! —dijo Alvin, y en un par de segundos, ante las miradas asombradas de los presentes, el metal comenzó a derretirse.

Todavía perdieron algo de tiempo al colocarse las escafandras y cuando al fin lograron salir al exterior, vieron al general que corría desesperadamente hacia la pequeña aeronave que estaba en el lugar de aterrizaje.

—¡Se nos va a escapar, Keats! —gritó Monroe, y el agente levantó su mano armada, encañonando al fugitivo. Mas, en aquel instante, ocurrió algo espantoso, horripilante.

Vauxhall corrió frenéticamente hacia el cohete, sin reparar en que la segunda aeronave de transporte, que había llegado sin que su arribada fuera notificada, puesto que se había dispuesto que durante aquella reunión, que había terminado de manera tan inesperada, no se les molestara para nada, estaba a punto de tomar tierra, soltando por sus cinco toberas enormes chorros de llamas.

El piloto de la gigantesca nave se dio cuenta de que iba a incendiar la otra que estaba allí parada y maniobró para evitar los

desastrosos efectos que su llegada podía producir en el pequeño aparato allí parado. En consecuencia, detuvo la caída del suyo y las llamas, rugiendo perceptiblemente en la escasa atmósfera marciana, aumentaron todavía de tamaño cuando la aeronave, tras frenar su descenso, se elevó unas decenas de metros con objeto de alejarse de la otra.

Pero las llamas llegaban hasta el suelo, ennegreciéndolo, fundiendo las rocas y los minerales, en medio de espesas nubes de humo negro. Y súbitamente, al hacer el movimiento lateral, una de las toberas que desplazaba al aparato hacia la derecha, aumentó el tono de sus rugidos.

En los micrófonos de todas las escafandras se oyó el angustioso grito de Vauxhall al darse cuenta de que los gases incandescentes le alcanzaban. Trató de desviarse, pero las llamas fueron más rápidas que él, y lo envolvieron en su abrazo mortal. Luego, la aeronave descendió y cuando se aquietaron sus motores, sólo la tierra calcinada quedó en el sitio en que estuviera el asesino.

* * *

—Bien, y ahora que está todo resuelto, ¿qué piensan hacer ustedes? —Preguntó el coronel Monroe, días después de los últimos acontecimientos—. Supongo que la señorita Brennan se «hinchará» de contar cosas a sus lectores, y usted volverá a su trabajo en Nueva York. ¿No es así?

—Antes convendría hacer algo por los supervivientes del satélite Deimos —apuntó Alvin.

—¡Oh! —Rió el coronel—. ¡Cómo se conoce que ha estado usted apartado estos días de las cosas de este mundo, Keats! ¡Ya se rindieron y esperarán apaciblemente a que vayamos a recogerlos! Quede tranquilo por esa parte. Pero les he hecho una pregunta —volvió a insistir Monroe.

Antes de replicarle, Alvin y Joyce se miraron mutuamente durante unos instantes y al fin el primero replicó:

—Creo que Marte tiene, sobre todo para nosotros dos, un defecto capital. Un defecto importantísimo, ¿no es así, querida?

—Cierto, cariño —contestó ella, apretándose contra su hombro, en tanto el coronel carraspeaba.

—¿Cuál es ese defecto? —inquirió Monroe al cabo.

—Que no tiene un capellán que nos case —contestaron los dos, riendo felices al unísono.

Pero ahora el que rió de buena gana fue el nuevo jefe de la base, en tanto que los dos enamorados se contemplaban atónitos, sin comprender la causa de la hilaridad del coronel.

—Bueno, ¿quiere usted explicarnos qué es lo que le causa tanta risa, Monroe?

—Hombre —contestó éste al fin, cuando pudo hacerlo—. Al fin se va a cumplir uno de mis mayores deseos: una boda en Marte.

—No lo dirá usted porque se considere como un capitán de buque y tenga facilidades para casarnos, ¿verdad? —dijo Alvin.

—En cierto modo sí —fue la respuesta del coronel—. Pero es que además tendremos capellán. En la aeronave de hoy llega el primer sacerdote de la colonia: el Padre Francis O'Donnelly, y no creo que tenga el menor inconveniente en echarles las bendiciones.

Alvin miró a Joyce, que le devolvió la mirada. El coronel supuso lo que iba a ocurrir y empezó a batirse en retirada. Al fin, la muchacha, sin preocuparse en absoluto de él, exhaló un pequeño grito de alegría incontenida y se arrojó en brazos de su amado.

Y cuando los labios de los dos se encontraron, Monroe, con una sonrisa satisfecha, cerró tras sí la puerta.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular. También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] A partir de la II Guerra Mundial, en el ejército norteamericano se usan cuatro cifras para designar las horas, de las cuales las dos primeras son las horas y las otras dos los minutos. < <